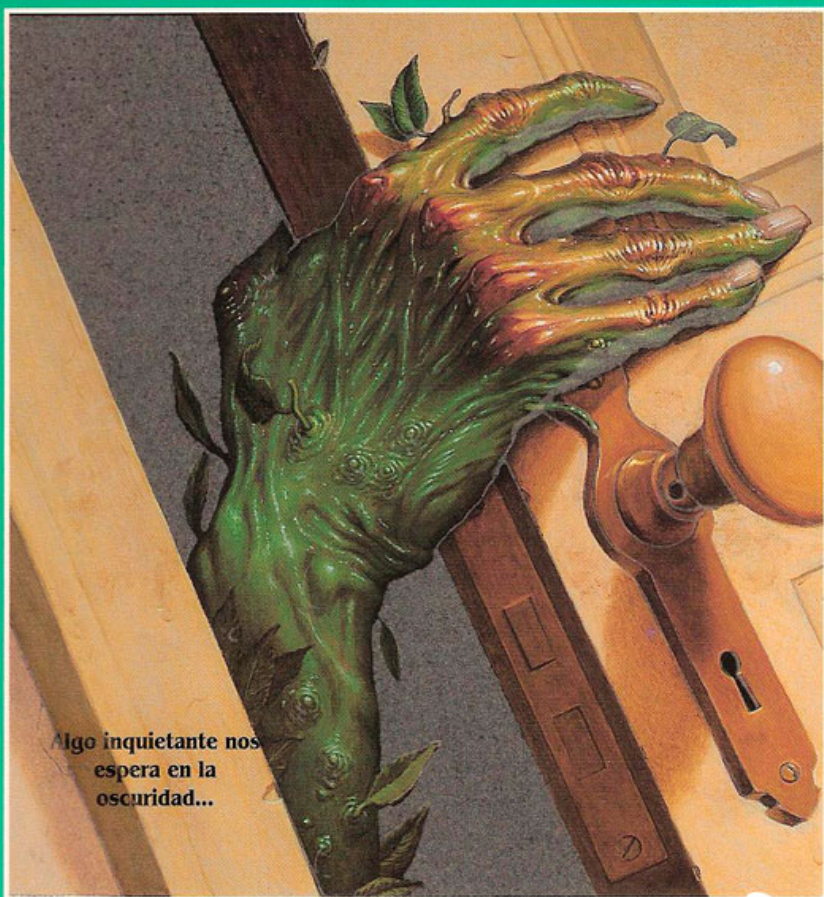


R.L.Stine

Pesadillas

¡No bajes al sótano!



Algo inquietante nos
espera en la
oscuridad...

se

El doctor Brewer está llevando a cabo un experimento con plantas en el sótano de su casa. Parece algo rutinario e inofensivo. Pero Margaret y Casey Brewer empiezan a preocuparse por su padre, especialmente desde el momento en que se encuentran... algunas plantas que está cultivando allá abajo. Se dan cuenta de que su padre ha ido adquiriendo el aspecto de planta, llenándose de ramas y semillas.

¿Forma parte este cambio del «inofensivo» experimento? ¿O es que el sótano se ha convertido en el rincón de los horrores?



R. L. Stine

¡No bajes al sótano!

Pesadillas — 5

ePub r1.0

javinintendero 19.10.13

Título original: *Goosebumps #2: Stay out of the basement!*

R. L. Stine, 1992

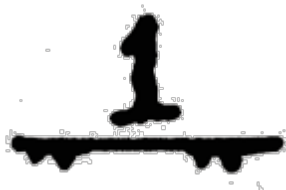
Traducción: Concha Pérez

Editor digital: javinintendero

Digitalización de texto: siwan

ePub base r1.0





—¡A ver si lo atrapas, papá!

Charlie lanzó el frisbee, el disco volador, por encima del césped verde y recortado. Su padre hizo una mueca y entrecerró los ojos para protegerlos del sol. El frisbee golpeó el suelo y rebotó varias veces antes de aterrizar bajo el seto, detrás de la casa.

—Hoy no —dijo el doctor Brewer—. Estoy ocupado. —Se volvió sin añadir palabra y entró en la casa, cerrando la puerta de un golpe tras de sí.

Charlie se apartó el rubio mechón de cabello que le caía sobre la frente y preguntó a su hermana Margaret, que había estado observando la escena desde el porche:

—¿Pero qué le ocurre?

—Ya lo sabes —respondió Margaret con un susurro. A continuación se secó las manos en los tejanos y las levantó como si esperase un lanzamiento—: Jugaré contigo un rato.

—Vale —convino Charlie sin entusiasmo, mientras se dirigía lentamente hacia el seto para recuperar el frisbee.

Margaret sentía lástima por su hermano. Siempre había estado muy unido a su padre y ambos solían jugar juntos con el frisbee o la Nintendo. Sin embargo, el doctor Brewer ya no tenía tiempo para estas cosas.

La niña saltó para atrapar el frisbee mientras reflexionaba. Su padre tampoco era el mismo con ella, es más, pasaba tantas horas encerrado en el sótano que en realidad apenas le dirigía la palabra, así que también sintió pena por sí misma.

«Ya ni siquiera me llama Princesa». Odiaba que la llamara así, pero al menos era un apodo, una muestra de cariño. Lanzó el frisbee con torpeza y, mientras Charlie corría tras él sin llegar a alcanzarlo, la niña contempló las doradas colinas que se alzaban detrás del jardín.

«California —pensó—. Es tan extraño estar aquí, en pleno invierno y sin una sola nube en el cielo... Charlie y yo llevamos camisetas y téjanos, como si fuera verano.»

Margaret saltó para atrapar el disco volante y, sosteniéndolo sobre la cabeza en señal de victoria, dio una vuelta sobre la alfombra de césped.

—Presumida —murmuró Charlie mostrando indiferencia.

—Eres el niño mimado de la familia —gritó Margaret.

—Y tú una repipi.

—Pero bueno, ¿quieres que juegue contigo, sí o no?

Charlie se encogió de hombros y Margaret, a su vez, confirmó que todos estaban muy irritables esos días. Era fácil saber por qué.

La niña lanzó el frisbee muy arriba y éste paso por encima de la cabeza de su hermano.

—¡Ahora irás tú a buscarlo! —gritó Charlie enfadado.

—¡Irás tú! —gritó Margaret.

—¡Tú!

—Charlie, tienes once años. No te portes como si tuvieras dos.

—¡Pues tú actúas como si tuvieras uno! —respondió el niño, mientras se dirigía de mala gana en busca del frisbee.

«Papá tiene la culpa de todo», pensó Margaret. Se respiraba muy mal ambiente desde que el doctor Brewer había comenzado a trabajar en la casa, en el sótano, con esas plantas y esas extrañas máquinas. Rara vez salía a tomar el aire fresco y, cuando lo hacía, ni siquiera jugaba con el frisbee.

No pasaba ni tan sólo dos minutos seguidos con ellos.

«Mamá también se ha dado cuenta —cavilaba Margaret al tiempo que corría tras el frisbee y lo atrapaba con gran estilo, antes de chocar contra la pared del garaje—. Finge que todo va bien pero sé que está muy preocupada por él.»

—Tienes suerte, Gordita —gritó Charlie.

Margaret odiaba que la llamaran Gordita aún más que el que la

llamaran Princesa. Pero los miembros de su familia le daban este apodo porque en realidad estaba muy delgada, como su padre. También era alta como él, pero tenía el cabello lacio y oscuro como su madre, ojos castaños y tez morena.

—No vuelvas a llamarme así. —Lanzó el disco rojo hacia su hermano, quien lo atrapó y lo lanzó de nuevo.

Durante un cuarto de hora jugaron en completo silencio, hasta que Margaret, poniendo la mano como visera para protegerse los ojos del sol, dijo:

—Tengo calor, venga, entremos en casa.

Charlie arrojó contra la puerta del garaje el frisbee y éste cayó al suelo. A continuación corrió hacia su hermana y protestó:

—Papá siempre juega más tiempo conmigo. Y tira mejor el frisbee; no como tú, que lo lanzas como las niñas.

—Déjame en paz —gruñó Margaret, y lo empujó juguetonamente mientras se dirigía a la puerta trasera de la casa—. Tú lo lanzas como un chimpancé.

De pronto, sin que viniera al caso, Charlie preguntó:

—¿Por qué despidieron a papá?

Margaret parpadeó y se detuvo en seco. La pregunta la había cogido por sorpresa.

—¿Cómo?

El rostro pecoso de Charlie se puso serio.

—Me gustaría saber el porqué —contestó visiblemente molesto.

Los dos hermanos nunca habían hablado de este tema durante las cuatro semanas que su padre había permanecido en casa. Eso era muy extraño, porque estaban muy unidos y sólo se llevaban un año de diferencia.

—A ver, nos mudamos aquí para que pudiera trabajar en el Politécnico, ¿no? —preguntó Charlie.

—Sí..., pero lo despidieron —contestó Margaret en voz baja para que su padre no pudiera oírla.

—Pero, ¿por qué? ¿Hizo estallar el laboratorio o algo así? —insistió Charlie sonriendo. La idea de que su padre hiciera volar en pedazos el laboratorio de ciencias de una universidad le parecía muy atractiva.

—No, no hizo estallar nada —respondió Margaret, mientras

jugaba con un mechón de sus oscuros cabellos—. Ya sabes que los botánicos trabajan con plantas, o sea que no pueden hacer volar nada en pedazos.

Los dos rieron.

Charlie siguió a su hermana a la estrecha zona de sombra que daba la casa, cuya forma simulaba a la de un rancho.

—No sé exactamente qué sucedió —prosiguió Margaret en un susurro—, pero oí hablar por teléfono a papá. Creo que con el señor Martínez, el director del departamento. ¿Lo recuerdas? Es aquel hombre pequeñito y silencioso que cenó con nosotros el día que se incendió la parrilla de la barbacoa.

—Martínez despidió a papá —inquirió Charlie.

—Es probable. Por lo que pude entender, tuvo algo que ver con las plantas que cultivaba papá o con algunos experimentos que habían salido mal.

—Pero papá es muy inteligente —insistió Charlie en defensa de su padre—. Si los experimentos salieron mal, seguro que él podía arreglarlos.

—Es todo lo que sé —confesó Margaret encogiéndose de hombros—. Vamos, Charlie, entremos. ¡Estoy muerta de sed! —Y sacó la lengua y gimió como si efectivamente se estuviera muriendo por un vaso de agua.

—Eres horrible —dijo Charlie, y corrió hacia la puerta para entrar el primero.

—¿Quién es horrible? —preguntó la señora Brewer desde la cocina, al tiempo que se volvía para saludar a sus hijos—. No me respondáis, prefiero no saberlo.

«Mamá tiene aspecto de estar muy cansada», pensó Margaret, y observó las finas líneas que rodeaban los ojos de su madre y los primeros cabellos grises que asomaban en su larga melena castaña.

—Odio este trabajo —dijo la señora Brewer, y de nuevo se volvió al fregadero.

—¿Qué haces? —le preguntó Charlie, mientras abría la nevera para sacar un poco de zumo.

—Estoy pelando langostinos.

—¡Ugg! —exclamó Margaret.

—Gracias por tu apoyo —comentó con sequedad la señora

Brewer.

Sonó el teléfono y la señora Brewer se limpió las manos y se apresuró a responder.

Margaret tomó un zumo de la nevera y se fue con Charlie hacia el recibidor. La puerta del sótano, que por lo general permanecía herméticamente cerrada cuando el doctor Brewer estaba trabajando, se encontraba entreabierta.

Charlie se disponía a cerrarla, cuando se le ocurrió una idea.

—Vamos a ver a papá —sugirió.

Margaret apuró el zumo y arrugó el envase.

—Está bien —contestó, dejándose vencer por la curiosidad, aunque sabía que era mejor no molestar a su padre.

El doctor Brewer llevaba más de cuatro semanas trabajando en el sótano. Había recibido toda clase de equipos interesantes, luces y plantas, y pasaba al menos ocho o nueve horas al día ocupado. Sin embargo, nunca les había enseñado nada de lo que estaba haciendo.

—Sí, vamos —dijo Margaret. Después de todo, el sótano era una parte más de su casa.

Por lo demás, tal vez su padre estaba esperando que mostraran un poco de interés. Quizás estaba herido porque no se habían molestado en bajar durante todo ese tiempo.

Abrieron la puerta de par en par y Charlie y Margaret se dirigieron hacia la estrecha escalera.

—¡Eh, papá! —gritó Charlie entusiasmado—. ¿Podemos ver qué haces?

—¡No os acerquéis al sótano! —rugió con una voz que no parecía suya.

Los dos hermanos retrocedieron asustados ante los gritos de su padre. Por lo general era un hombre de hablar suave y pausado.

—¡No os acerquéis al sótano! —repitió, mientras se sostenía una mano herida de la que brotaba sangre—. ¡Nunca, nunca, bajéis aquí!

2

—Bien, ya está todo listo —dijo la señora Brewer, y dejó caer sus maletas de un golpe en el recibidor. A continuación se asomó a la habitación del televisor—. ¿Podríais dejar de mirar la película un segundo para despediros de vuestra madre?

Charlie apretó uno de los botones del mando a distancia y la imagen desapareció de la pantalla. Su hermana y él se dirigieron obedientes hacia el recibidor para abrazar a su madre.

Una de las amigas de Margaret, Diana, que vivía muy cerca, los siguió y, al ver las dos voluminosas maletas, preguntó:

—¿Cuánto tiempo estará ausente, señora Brewer?

—No lo sé —respondió ésta nerviosa—. Han hospitalizado a mi hermana en Tucson, esta mañana. Supongo que me quedaré con ella hasta que esté en condiciones de regresar a su casa.

—Bien, cuidaremos de Charlie y de Margaret entretanto —bromeó Diana.

—Déjame en paz —protestó Margaret levantando los ojos al cielo—. Soy mayor que tú, Diana.

—Y yo soy más inteligente que vosotras dos —intervino Charlie con su habitual modestia.

—No estoy preocupada por vosotros, hijo —dijo la señora Brewer consultando el reloj—. Es vuestro padre quien me preocupa.

—Pues tranquilízate —le aconsejó Margaret muy seria—. Nosotros lo cuidaremos bien.

—Sólo ocúpate de que coma de vez en cuando —recomendó la señora Brewer—. Está tan obsesionado con su trabajo que se olvida

de comer a menos que se lo recuerdes.

«Estaremos muy solos sin mamá —pensó Margaret—. Papá casi nunca sale del sótano.»

Ya habían pasado dos semanas desde su intento de visitar el sótano. Desde entonces andaban de puntillas, temerosos de que su padre se enfadara de nuevo. Durante ese tiempo apenas les había dirigido la palabra, excepto para dedicarles los consabidos «buenos días» y «buenas noches».

—No te preocupes por nada, mamá —dijo Margaret, con una sonrisa forzada—. Ocupate sólo de tía Leonor.

—Llamaré en cuanto llegue a Tucson —dijo la señora Brewer, mirando con inquietud el reloj. Avanzó hasta la puerta del sótano y gritó—: ¡Michael, es hora de ir al aeropuerto!

El doctor Brewer respondió al cabo de unos minutos. La señora Brewer se volvió hacia los chicos:

—Ni siquiera notará mi ausencia.

Lo dijo como en broma, pero sus ojos revelaban una gran tristeza.

Poco después oyeron pasos en la escalera del sótano y apareció el doctor. Se quitó la bata manchada y la colocó sobre la barandilla. Llevaba unos pantalones de color marrón y una camisa amarilla, y todavía se cubría la mano herida con un grueso vendaje.

—¿Estás lista? —preguntó a su esposa.

—Supongo que sí —contestó ésta con un suspiro, y lanzó una mirada de impotencia a sus hijos mientras les daba el último abrazo antes de partir.

—Pues vámonos —dijo el doctor impaciente. Tomó las dos maletas y gruñó—: ¡Uf! ¿Cuánto tiempo piensas quedarte allí? ¿Un año?

Y se dirigió a la puerta sin esperar respuesta.

—Adiós, señora Brewer —dijo Diana agitando la mano—. Que tenga un buen viaje.

—¿Cómo va a tener un buen viaje? —replicó Charlie con sorna—. Su hermana está en el hospital.

—Ya sabes a qué me refiero —contestó Diana, llevándose la mano a su cabellera cobriza.

Tras observar la partida del coche, los tres regresaron al salón.

Charlie tomó el mando a distancia para continuar con la película.

Diana se tendió en el sofá y recuperó la bolsa de patatas fritas que estaban comiendo.

—¿Quién eligió esta película? —preguntó mientras hacía ruido con la bolsa.

—Yo —contestó Charlie—. Es superbuenas. —Había tomado uno de los cojines del sofá y se había estirado sobre la alfombra.

Margaret estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en una de las sillas. Aún pensaba en su madre y en tía Leonor; pero intervino haciendo una mueca a su amiga:

—Sí, superbuenas si te gusta ver gente volando en pedazos y con las tripas saltando por todas partes.

—Sí, ¡superbuenas! —insistió Charlie sin apartar los ojos de la pantalla.

—Con los deberes que tengo no debería estar aquí —dijo Diana, al tiempo que seguía comiendo patatas fritas.

—Yo tampoco —suspiró Margaret—. Los tendré que hacer después de cenar. ¿Has terminado ya las matemáticas? Creo que me he olvidado el libro en la escuela.

—¡Shhh! —susurró Charlie mientras lanzaba una patada en dirección a su hermana—. Esta es la mejor parte.

—¿Ya has visto esta película? —gritó Diana.

—Dos veces —admitió Charlie. Y se inclinó para esquivar el cojín que le había tirado Diana.

—Hace una tarde muy bonita —dijo Margaret estirando los brazos—. Deberíamos salir a pasear con las bicicletas o hacer algo así.

—¿Crees que todavía vives en Michigan? Aquí siempre hace buen tiempo —observó Diana—. Yo ya estoy tan acostumbrada que ni me doy cuenta.

—Podríamos hacer los deberes juntas —sugirió Margaret con entusiasmo. Diana era mucho mejor que ella en matemáticas.

—Bueno —contestó Diana encogiéndose de hombros, al tiempo que arrugaba la bolsa de patatas y la dejaba en el suelo. Luego añadió—: Tu papá parecía nervioso.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que se le veía nervioso —respondió Diana—. ¿Cómo se

encuentra?

—¡Shhh! —insistió Charlie, tomando la bolsa vacía y lanzándosela a Diana.

—Ya sabes, como lo han despedido... —prosiguió Diana.

—Supongo que está bien —dijo Margaret distraída—. En realidad no lo sé. Pasa mucho tiempo en el sótano con sus experimentos.

—¿Experimentos? Oye, vamos a mirar. —Diana se echó hacia atrás el cabello y saltó del sofá de cuero blanco.

Diana era una fanática de las matemáticas y de las ciencias. Las dos asignaturas que Margaret detestaba.

«Ella sí que hubiera tenido que pertenecer a la familia Brewer», pensó Margaret con una pizca de amargura. Así, su padre, al ver que se interesaba por las mismas cosas que él, quizá le prestara un poco de atención.

—¡Vamos! —insistió Diana, tirando de Margaret—. Es botánico, ¿verdad? ¿Qué estará haciendo allá abajo?

—Es un poco complicado —dijo Margaret gritando para que pudiera oírla en medio de las explosiones y ráfagas de ametralladoras que emitía el televisor—. Una vez trató de explicármelo, pero... —Margaret se puso en pie con la ayuda de su amiga.

—¡Callaos de una vez! —las increpó Charlie que estaba embozado con la película. Estaba sentado tan cerca del aparato que hasta los colores de la pantalla se reflejaban en su ropa.

—¿Estará construyendo un monstruo como Frankenstein o algo así? —preguntó Diana—. ¿O una especie de Robocop? ¡Qué divertido sería!

—¡Callaos! —repitió Charlie exasperado mientras Arnold Schwarzenegger saltaba de un lado a otro de la pantalla.

—Tiene muchísimas máquinas y plantas en el sótano —dijo Margaret algo molesta—. Pero no quiere que bajemos a verlas.

—Entonces, se trata de un secreto... —Los ojos verdes de Diana se iluminaron de entusiasmo—. ¡Vamos! Sólo nos asomaremos un momento.

—No, es mejor no hacerlo —respondió Margaret. Todavía no había olvidado la enojada mirada de su padre cuando, dos semanas

antes, Charlie y ella habían intentado entrar en el laboratorio, ni los gritos con que les había advertido que no bajaran nunca al sótano.

—¿Sois unos cobardes o qué? —les desafió Diana.

—Yo no tengo miedo —protestó Margaret. Diana siempre la retaba para que hiciera cosas que ella no deseaba hacer. ¿Por qué Diana tenía siempre que demostrar que era la más valiente de todos?

—¡Gallinas! —exclamó Diana, sacudiendo su roja melena y dirigiéndose hacia la puerta del sótano.

—Diana... ¡No vayas! —gritó Margaret, corriendo tras ella.

—¡Espera! —gritó Charlie mientras apagaba el televisor—. ¿Vais a bajar? ¡Yo también quiero ir! —Y se levantó de un salto para reunirse con ellas en la puerta del sótano.

—No podemos... —comenzó a decir Margaret; pero Diana le tapó la boca con la mano.

—Sólo echaremos un vistazo —insistió Diana—. No tocaremos nada y sólo nos quedaremos un minuto.

—Está bien. Yo iré delante —dijo Charlie, poniendo la mano sobre la manivela de la puerta.

—¿Por qué te interesa tanto bajar allí? —preguntó Margaret a su amiga—. ¿Por qué quieres que bajemos?

—Es mucho mejor que hacer los deberes de matemáticas —respondió Diana, y se encogió de hombros y sonrió.

—Está bien, vamos allá —dijo Margaret resignada—. Pero recuerda, sólo echaremos un vistazo y no tocaremos nada.

Charlie abrió la puerta y se encaminó hacia la escalera. Al pisar el primer peldaño, les envolvió una atmósfera caliente y húmeda. Podían oír el zumbido de las máquinas electrónicas. A la derecha distinguieron el brillo de las luces blancas que salía del escritorio del doctor Brewer.

«Es divertido —pensó Margaret mientras bajaban los tres por la escalera barnizada—, es como una aventura. A fin de cuentas qué hay de malo en mirar.»

Pero, ¿por qué le latía tan deprisa el corazón? ¿Por qué sentía ese miedo?

3

Ahí dentro hacía un calor tremendo.

A medida que se alejaban de la escalera, el aire se iba haciendo insoportable, caliente y denso.

Margaret respiraba con dificultad. El brusco cambio de temperatura la sofocaba.

—Hay mucha humedad —observó Diana—. Resulta beneficioso para el cabello y la piel.

—Estudiamos las selvas tropicales en la escuela —añadió Charlie—. Tal vez papá esté construyendo una.

—Tal vez —dijo Margaret poco convencida.

¿Por qué se sentía tan extraña? ¿Era sólo por haber invadido el terreno de su padre? ¿Por hacer algo que él les había prohibido?

Se detuvo y miró en ambas direcciones. El sótano estaba dividido en dos amplias habitaciones rectangulares. A la izquierda se hallaba en penumbra el espacio destinado a los juegos, que nunca había sido terminado. Apenas se distinguía el contorno de la mesa de pimpón.

El estudio, a la derecha, estaba muy bien iluminado. Emitía una luz tan brillante que sus ojos tardaron unos momentos en adaptarse a ella. Las enormes lámparas halógenas, suspendidas de las vigas del techo, emitían haces de luz blanca.

—¡Eli! ¡Mirad! —exclamó Charlie sorprendido, al tiempo que avanzaba entusiasmado hacia la luz.

Había docenas de plantas que se elevaban atraídas por la luz, altas y brillantes, de gruesos tallos y hojas anchas, sembradas a

ambos lados de una enorme maceta que contenía tierra.

—¡Parece una selva! —exclamó Margaret, y siguió a su hermano.

En efecto, las plantas tenían un aspecto selvático: enredaderas llenas de hojas, arbustos con largos y delgados zarcillos, frondosos helechos, plantas de raíces retorcidas y de color crema que asomaban como huesudas rodillas de la tierra.

—Es como un pantano o algo así —observó Diana—. ¿De verdad cultivó tu padre todas estas plantas en sólo cinco o seis semanas?

—Sí, estoy segura —contestó Margaret contemplando los enormes tomates suspendidos de un delgado tallo amarillo.

—¡Oh! Toca ésta —dijo Diana.

Margaret vio que su amiga estaba frotando la mano contra una hoja en forma de lágrima.

—Diana, no debemos tocar nada.

—Ya lo sé, ya lo sé... —replicó sin soltar la hoja—. Pero comprueba el tacto que tiene.

Margaret obedeció de mala gana.

—No parece una hoja —dijo mientras Diana examinaba un enorme helecho—. Es lisa como un cristal.

Los tres permanecieron bajo las brillantes luces blancas, examinando las plantas, durante unos minutos. Tocaban los gruesos tallos, recorrían con los dedos las suaves y cálidas hojas, sorprendidos del gigantesco tamaño de las frutas que colgaban de los árboles.

—Hace demasiado calor —se lamentó Charlie. Se quitó la camiseta y la dejó caer al suelo.

—¡Qué delicado! —se burló Diana.

Charlie le sacó la lengua. Luego, sus ojos grises se abrieron como platos y se quedó paralizado de sorpresa:

—¡Escuchad!

—Charlie, ¿qué sucede? —preguntó Margaret corriendo hacia él.

—Está... está respirando —consiguió pronunciar, y señalaba a un alto arbusto.

Diana rió.

Pero Margaret también oyó un sonido. Puso la mano en el hombro desnudo de Charlie y escuchó con atención. Sí, se oía el

sonido de una respiración, y parecía provenir del alto arbusto cubierto de hojas.

—¿Qué os ocurre? —preguntó Diana al observar la atónita expresión de sus amigos.

—Charlie tiene razón —dijo Margaret en voz baja, concentrada en aquel sonido rítmico—. Se oye su respiración.

Diana levantó los ojos al cielo:

—A lo mejor está resfriado. —Y se rió de su propia gracia. Pero sus compañeros no le hicieron caso—. No lo oigo —añadió mientras se aproximaba.

Se pusieron todos a escuchar.

Silencio.

—Ya no respira —observó Margaret.

—Queríais que tuviera miedo —les riñó Diana.

—No, de verdad que respiraba —protestó Margaret.

—Eh, ¡mirad esto! —Charlie se dirigía a otro lugar. Se quedó frente a una vitrina colocada al otro lado de las plantas. Parecía una cabina telefónica y tenía en su interior una repisa y decenas de cables conectados en la parte posterior y en los lados.

Los ojos de Margaret siguieron el trayecto de los cables hasta otra vitrina similar colocada a pocos pasos de allí. En medio de las dos había una especie de generador eléctrico que parecía conectado a las vitrinas.

—¿Qué puede ser esto? —preguntó Diana, aproximándose a Charlie.

—No lo toques —le aconsejó Margaret, mientras lanzaba una última mirada al arbusto que respiraba y se reunía con los demás.

Pero Charlie ya había descubierto la puerta de vidrio que se encontraba en la parte delantera de la cabina.

—Sólo quiero comprobar si se puede abrir —dijo.

Tocó el vidrio y, de repente, sus ojos se abrieron y todo su cuerpo comenzó a temblar. La cabeza del niño se agitaba con furia de un lado a otro y tenía los ojos en blanco.

—¡Ayudadme! —consiguió gritar Charlie, mientras su cuerpo se agitaba cada vez con mayor fuerza y rapidez—. ¡Ayudadme! ¡No me puedo detener!

4

—¡Ayudadme!

El cuerpo de Charlie se agitaba como si estuviese sacudido por una descarga eléctrica. Movía la cabeza sin control y sus ojos parecían los de un loco.

—¡Por favor!

Margaret y Diana lo contemplaban horrorizadas. La primera en reaccionar fue Margaret, quien se abalanzó sobre su hermano para tratar de apartarlo del vidrio.

—¡No, Margaret! ¡No lo toques! —gritó Diana.

—Pero, ¡tenemos que hacer algo! —exclamó Margaret.

Todavía tardaron unos segundos en advertir que Charlie ya no temblaba y que se estaba riendo.

—¿Charlie? —preguntó Margaret mirándolo fijamente. Su expresión había pasado del terror al asombro.

Charlie estaba apoyado contra el vidrio, inmóvil y con una sonrisa malévola en los labios.

—¡Os he engañado! —dijo, y se echó a reír estrepitosamente. Las señalaba con el dedo y repetía en medio de una risa triunfal—: ¡Os he engañado! ¡Os he engañado!

—¡Qué gracioso! —chilló Margaret.

—¿Era una broma? ¡No me lo puedo creer! —gritó Diana, tan pálida como las luces blancas que relucían sobre ellos. Le temblaban los labios.

Las dos niñas se abalanzaron sobre Charlie y lo tiraron al suelo. Margaret se sentó sobre él y Diana le aplastó los hombros contra el

suelo.

—¡Os he engañado! ¡Os he engañado! —seguía diciendo Charlie cuando Margaret no le hacía cosquillas.

—¡Eres asqueroso! —gritaba Diana—. ¡Eres asqueroso!

Pero los tres interrumpieron de repente la batalla al oír un gemido al otro lado de la habitación. Levantaron la cabeza y dirigieron la mirada hacia el lugar de donde provenía el sonido.

Todo el sótano estaba en silencio y sólo se oían los latidos de sus corazones.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Diana.

Otro gemido, un sonido lastimoso y atenuado, como el que emite un saxofón.

Las lianas de uno de los arbustos cayeron de golpe como si fueran unas serpientes.

Se oyó otro sonido triste y apagado.

—Son... ¡las plantas! —exclamó Charlie. Estaba aterrorizado. Se desprendió de su hermana de un empujón y se puso en pie al tiempo que ordenaba sus cabellos.

—Las plantas no lloran ni gimen —dijo Diana con la vista fija en la enorme maceta que llenaba la habitación.

—Estas sí —advirtió Margaret.

Las lianas se agitaban como si fueran brazos humanos. De nuevo se escuchaba una respiración, una respiración lenta y regular. Luego, algo parecido a un suspiro.

—Salgamos de aquí —propuso Charlie dirigiéndose hacia la escalera.

—Esto es espantoso —dijo Diana mientras lo seguía. No obstante, mantenía la mirada fija en las plantas que se movían y gemían.

—Seguro que papá nos dará una explicación —intervino Margaret. Sus palabras eran tranquilizadoras, pero le temblaba la voz e intentaba huir de la habitación detrás de Diana y Charlie.

—Tu padre es muy extraño —apuntó Diana mientras avanzaba hacia la puerta.

—No, no lo es —protestó Charlie—. Está realizando un trabajo muy importante.

Un alto arbusto suspiró y pareció inclinarse hacia ellos,

levantando las lianas, como si los llamara, como si les pidiera que regresaran.

—¡Salgamos ya de aquí! —exclamó Margaret.

Al llegar a la parte superior de la escalera, los tres estaban jadeando. Charlie cerró la puerta con fuerza y corrió el pestillo.

—¡Qué extraño! —repitió Diana, retorciéndose el cabello entre los dedos—. Definitivamente, esto es muy extraño. —Era la palabra del día, pero Margaret no pudo decir nada en contra porque le parecía apropiada.

—Por eso papá nos advirtió que no nos acercáramos al sótano —dijo Margaret—. Debía de saber que tendríamos miedo y que no comprenderíamos nada de lo que está haciendo.

—Me voy de aquí —la interrumpió Diana medio en broma, y ya en el jardín se volvió hacia ellos para preguntar—: ¿Quieres que hagamos después los deberes de matemáticas?

—¡Claro! —respondió Margaret, pero todavía pensaba en aquellas plantas que gemían y se agitaban, que parecían dirigirse a ellos, llorando. Sin embargo, eso era imposible.

—Hasta luego —les saludó Diana y se fue corriendo por el sendero.

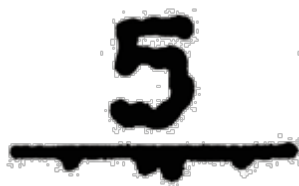
En el momento en que desaparecía de la vista de los hermanos, el auto azul del doctor Brewer doblaba la esquina hacia la casa.

—Ya ha regresado —dijo Margaret—. Charlie, ¿está cerrada la puerta del sótano?

—Sí —contestó su hermano, verificando de nuevo la cerradura—. Papá nunca sabrá que...

Pero de pronto se interrumpió y abrió la boca sin emitir ningún sonido. Su rostro empalideció.

—¡Mi camiseta! ¡Me he olvidado la camiseta en el sótano!



—Tengo que recuperar la camiseta —gemía Charlie—. De lo contrario, papá se enterará...

—Es demasiado tarde —lo interrumpió Margaret, con la mirada clavada en el sendero—. Ya está aquí.

—Sólo tardaré un segundo —insistió Charlie—. Bajaré y subiré corriendo.

—¡No! —Margaret permanecía inquieta en el centro del estrecho pasillo, entre la puerta de entrada y la del sótano, mirando hacia la entrada—. Ya ha aparcado y está saliendo del coche.

—¡Pero se enterará! —chilló Charlie.

—¡Y qué!

—¿Recuerdas cómo se enfadó la última vez?

—Claro que lo recuerdo, pero tampoco va a matarnos por haber echado un vistazo a sus plantas. El...

Margaret se calló y se aproximó a la puerta.

—Espera.

—¿Qué sucede? —preguntó Charlie.

—¡Date prisa! —contestó Margaret, agitando las manos—. ¡Ve a buscarla, rápido! Nuestro vecino, el señor Harker, está hablando con papá.

Lanzando una exclamación, Charlie abrió la puerta del sótano y desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Margaret lo oyó bajar por las escaleras, pero el sonido de sus pisadas se perdió cuando entró en el estudio de su padre.

«Date prisa, Charlie —pensaba, al tiempo que montaba guardia

en la entrada y observaba cómo su padre conversaba con el señor Harker—. Date prisa.

»Ya llega, Charlie, venga, date prisa. Ya sabes que papá nunca se queda mucho rato hablando con los vecinos.»

Al parecer, sólo hablaba el señor Harker. «Probablemente le está pidiendo un favor a papá», pensó Margaret. Su vecino no era un hombre muy hábil y siempre pedía al padre de Margaret que le ayudara a reparar o a instalar los electrodomésticos.

El doctor Brewer asentía con una sonrisa impaciente.

«¿Por qué no subes, Charlie?»

Protegiéndose los ojos con la mano, el doctor Brewer se despidió de su vecino y se dirigió hacia la casa.

«Date prisa, Charlie. Que ya llega, ¡venga! —rogaba Margaret en silencio—. Tampoco cuesta tanto recoger una camiseta y correr escaleras arriba.

»En realidad, no tendría que costar tanto.»

Su padre se aproximaba a la casa. La vio a la entrada y la saludó con la mano.

Margaret le devolvió el saludo y miró hacia la puerta del sótano.

—Charlie, ¿dónde estás? —llamó en voz alta.

No obtuvo respuesta.

Del sótano no procedía ningún sonido.

Nada en absoluto.

El doctor Brewer se había detenido un momento para inspeccionar los rosales.

—¿Charlie? —insistió Margaret.

Ninguna respuesta.

—Charlie, date prisa.

Silencio.

Su padre se había inclinado para observar de cerca la tierra donde estaban plantadas las flores.

Margaret, aterrorizada, se dio cuenta de que no tenía otra alternativa: debía bajar al sótano y averiguar qué le había ocurrido a su hermano.

6

Charlie bajó corriendo la escalera, saltando los peldaños de dos en dos. Aterrizó de un brinco en el suelo de cemento del sótano y se dirigió a toda prisa a la zona iluminada de la habitación donde se encontraban las plantas.

Se detuvo a la entrada y aguardó a que sus ojos se adaptaran a la luz, que brillaba más que el sol. Respiró profundamente, inhalando aquel aire húmedo, y contuvo la respiración. ¡Qué calor hacía allí! Le picaba la espalda y la nuca le ardía.

Las plantas parecían vigilar todos sus movimientos.

Distinguió su camiseta, arrugada y a pocos pasos de un alto arbusto cubierto de hojas que parecía inclinarse hacia la prenda, con sus largas lianas colgando, enroscadas en torno al tronco.

Charlie avanzó con cautela.

«¿Por qué tengo tanto miedo —se preguntó—. No es más que una habitación llena de plantas. Por qué tengo la sensación de que me están observando, de que me están esperando?»

Se rió a sí mismo por estar tan asustado y avanzó un poco más hacia el lugar donde se encontraba su camiseta.

Pero...

La respiración.

Allí estaba de nuevo.

Una respiración regular. No demasiado fuerte ni tampoco demasiado suave.

¿Quién estaba respirando... o qué era lo que respiraba?

¿Aquel enorme arbusto?

Charlie concentró la vista en la camiseta. Estaba muy cerca. ¿Qué le impedía agarrarla y correr escaleras arriba? ¿Qué era lo que le detenía?

Dio un paso adelante. Luego otro.

¿Se oía más fuerte la respiración?

Un súbito gemido procedente de un trastero que estaba junto a la pared le hizo saltar del susto.

Era un gemido tan humano como el lamento de dolor de una persona.

—Charlie, ¿dónde estás?

La voz de Margaret se oía en la lejanía pese a que sólo se encontraba a unos pasos del sótano.

—Estoy bien, por ahora —respondió Charlie. Pero sólo le salió un hilillo de voz, probablemente inaudible.

Dio un paso más. Otro.

La camiseta estaba a tres metros de él.

Podía abalanzarse sobre ella y agarrarla.

Oyó otro gemido procedente del trastero. Una de las plantas parecía suspirar y un helecho se inclinó de repente, moviendo las hojas.

—¿Charlie? —Oía la voz preocupada de su hermana—. Charlie, ¡date prisa!

«Ya lo intento —pensó—, ya intento darme prisa.»

¿Qué era lo que le detenía?

Del lado opuesto de la habitación surgió otro gemido.

Charlie dio dos pasos más y luego se inclinó, con los brazos estirados hacia delante.

Ya casi podía tocar la camiseta.

Oyó el gemido y después la respiración. Levantó la vista hacia el árbol y advirtió que las largas lianas estaban rígidas, se habían tensado. ¿O acaso eran imaginaciones suyas?

No.

Antes colgaban fláccidamente y ahora estaban duras. Como preparadas.

¿Preparadas para atacarlo?

—Charlie, ¡date prisa! —gritaba Margaret en la distancia.

El no respondió. Estaba concentrado en la camiseta. Sólo lo

separaban de ella unos pocos pasos, un metro.

La planta volvió a gemir.

—¿Charlie? ¿Charlie?

Un temblor recorrió las hojas a lo largo del tronco.

Casi podía tocarla.

—¿Charlie? ¿Te encuentras bien? ¡Respóndeme!

Agarró la camiseta.

Dos lianas se abalanzaron sobre él como si fueran serpientes.

—¡Oh! —gritó, paralizado de miedo—. ¿Qué ocurre?

Las lianas se enroscaron en su cintura.

—¡Soltadme! —gritó, asiendo con fuerza la prenda de vestir con una mano e intentando liberarse de las lianas con la otra.

Pero las lianas no lo soltaban, al contrario, cada vez se ceñían más a su cuerpo.

«¡Margaret! —quiso gritar Charlie sin conseguirlo—. ¡Margaret!»

Se agitó violentamente y peleó con fuerza.

Las lianas no lo soltaban. Tampoco lo apretaban, no iban a estrangularlo, pero no lo soltaban.

Las sentía cálidas y húmedas contra su piel desnuda. Como si fueran los brazos de un animal, como si no pertenecieran al reino vegetal.

«¡Ayuda!», intentó chillar. Trató de zafarse con todas sus fuerzas. Era inútil.

Se inclinó, dio patadas al suelo, se revolvió para liberarse de las lianas, pero éstas no le dejaban marchar.

La planta exhaló un fuerte suspiro.

—¡Soltadme! —gritó Charlie recuperando la voz.

A continuación, descubrió a Margaret a su lado. No la había oído bajar ni la había visto entrar en la habitación.

—¡Charlie! —exclamó—. Qué...

Se quedó boquiabierta.

—¡No me sueltan!

—¡Es imposible! —dijo Margaret, y agarró una de las lianas con las manos y tiró de ella con ímpetu.

La liana opuso resistencia un momento y luego cedió.

Charlie lanzó una exclamación de júbilo, se desprendió de la otra liana y los dos niños, dándose las manos, huyeron escaleras

arriba.

—¡Oh!

Ambos se detuvieron de golpe al pie de la escalera.

Arriba, su padre los contemplaba con expresión de enfado, los puños cerrados y el rostro pálido de ira.

7

—¡Papá... las plantas! —exclamó Margaret.

El doctor Brewer los contempló fijamente, con ojos fríos y enojados, sin parpadear. Permanecía en silencio.

—¡Han atrapado a Charlie! —dijo Margaret.

—Sólo bajé a recoger mi camiseta —intervino Charlie con voz temblorosa.

Los niños miraron a su padre con ansiedad, esperando un signo de relajación, que cambiara esa mueca de enfado, que les hablara. Pero sólo los contempló con severidad durante largo tiempo, hasta que dijo:

—¿Estáis bien?

—Sí —respondieron al unísono.

Margaret advirtió que todavía conservaba la mano de Charlie en la suya, la soltó y se asió a la barandilla.

—Estoy muy decepcionado —dijo el doctor Brewer en un tono de voz frío, pero no enfadado.

—Lo siento —se excusó Margaret—. Sabíamos que no debíamos...

—No tocamos nada, de verdad —la interrumpió Charlie.

—Muy decepcionado —repitió el doctor Brewer.

—Lo sentimos mucho.

El doctor Brewer les dijo que subieran y luego se dirigió al recibidor.

—Pensaba que nos pegaría una bronca —susurró Charlie a su hermana mientras la seguía escaleras arriba.

—No es su estilo —murmuró Margaret.

—Pues la última vez sí que nos soltó un grito cuando bajamos al sótano —replicó Charlie.

Siguieron a su padre a la cocina y él les indicó que se sentaran a la mesa blanca. Luego tomó asiento frente a ellos.

Paseaba la mirada de uno a otro, como si los estudiara, como si los viera por primera vez. Su rostro no expresaba nada, ninguna emoción.

—Papá, ¿qué sucede con esas plantas? —preguntó Charlie.

—¿Qué quieres decir? —inquirió a su vez el doctor Brewer.

—Son... tan extrañas —respondió Charlie.

—Algún día os lo explicaré —dijo el doctor Brewer, mientras continuaba observándolos con detenimiento.

—Parece un experimento muy interesante —intervino Margaret, tratando de aliviar la tensión de momento.

Si su padre quería que se sintieran fatal, lo estaba consiguiendo.

Sin embargo, eso no era propio de él. En absoluto. Siempre había sido una persona muy directa: cuando estaba enfadado lo decía y cuando algo le molestaba también. ¿Por qué entonces actuaba con tanta cautela?

—Os pedí que no os acercarais al sótano —dijo en voz baja, cruzando las piernas e inclinando el asiento hacia atrás—. Creo que me expresé con claridad.

Margaret y Charlie se miraron, y la niña dijo:

—No volverá a suceder.

—Pero, ¿por qué no nos llevas contigo y nos explicas qué estás haciendo? —intervino Charlie. Aún no se había puesto la camiseta y la sostenía, como si fuera un balón entre las manos, sobre la mesa de la cocina.

—Sí, nos encantaría saber qué ocurre —añadió Margaret con entusiasmo.

—Algún día lo sabréis —respondió el doctor Brewer. Colocó bien la silla y se puso en pie—. Pronto os lo contaré todo. —Levantó los brazos por encima de la cabeza y se estiró—. Ahora debo reanudar mi trabajo.

Y desapareció por el pasillo.

Charlie miró a su hermana e hizo un gesto de asombro. Su padre

apareció de nuevo con la bata de laboratorio que había dejado en la barandilla.

—¿Qué tal mamá? —preguntó Margaret.

—Supongo que bien —respondió el doctor Brewer poniéndose la bata.

—Espero que tía Leonor mejore pronto —agregó Margaret.

Su padre no contestó hasta que se hubo abrochado la bata y ajustado el cuello:

—Hasta luego.

Se dirigió al pasillo y los niños escucharon el sonido de la puerta del sótano al cerrarse.

—Espero que no nos castigue en casa por haber desobedecido —dijo Margaret, apoyando la barbilla en las manos.

—Espero que no —contestó Charlie—, pero se comporta de una forma muy rara.

—Puede que esté enfadado porque mamá se ha ido. —Margaret se puso en pie y dio un empujón a su hermano—. ¡Vamos, levántate! Tengo que hacer los deberes.

—Parece increíble que la planta me haya agarrado —dijo Charlie pensativo y sin moverse—. Y no es necesario que me empujes —exclamó. Pero se puso en pie para dejar pasar a su hermana—. Esta noche tendré pesadillas —añadió malhumorado.

—No pienses en el sótano —le aconsejó Margaret. Qué más podía decirle.

La niña subió a su habitación. Ya echaba de menos a su madre y la escena de Charlie intentando liberarse de las lianas volvió a su mente.

Con un temblor, tomó el libro de matemáticas y se tendió en la cama, dispuesta a estudiar. Pero las palabras quedaban cubiertas por el recuerdo de esas plantas que gemían y respiraban.

«Al menos papá no nos ha castigado —pensó—, ni nos ha gritado. Y ha prometido que nos explicaría en qué consiste el trabajo que está haciendo.»

Esa idea la hizo sentirse mejor.

Pero su alivio sólo duró hasta la mañana siguiente, cuando se despertó temprano y bajó a preparar el desayuno. Para su sorpresa, su padre estaba ya trabajando y la puerta del sótano estaba cerrada;

había instalado un candado.

El domingo por la tarde Margaret estaba tendida en la cama de su habitación, hablando con la señora Brewer.

—Siento mucho lo de tía Leonor —dijo mientras enroscaba el cable del teléfono en su dedo.

—La operación no fue tan bien como esperábamos —le explicó su madre. Parecía cansada—. El médico dice que se tendrá que operar otra vez, aunque necesita recobrar las fuerzas primero.

—Esto significa que tardarás en venir.

—No me digas que me echáis de menos —observó riéndose la señora Brewer.

—¡Pues sí! —admitió Margaret. Dirigió la vista a la ventana y vio dos gorriones posados en el alféizar gorjeando animadamente que le impedían oír con claridad a su madre.

—¿Cómo está papá? —preguntó la señora Brewer—. Hablé con él anoche, pero sólo me respondió con gruñidos.

—A nosotros ni siquiera nos gruñe —se lamentó Margaret. Se tapó un oído con la mano para no oír el piar de los gorriones—. Apenas nos dirige la palabra.

—Está trabajando mucho —le disculpó su madre. Margaret oía el sonido de un altavoz, su madre debía de llamarla desde el hospital.

—Nunca sale del sótano —prosiguió Margaret, con mayor amargura de lo que deseaba.

—Tu padre da mucha importancia a sus experimentos.

—Y nosotros ¿qué? ¿Acaso no somos importantes para él? —Margaret detestaba el tono lastimero de su voz. Bastantes preocupaciones tenía su madre en el hospital, no quería apesadumbrarla.

—Papá tiene que demostrar muchas cosas —dijo la señora Brewer—. A sí mismo y a los demás. Creo que trabaja de esta manera para demostrarle al señor Martínez y a sus colegas de la universidad que se han equivocado al despedirlo, que han cometido un grave error.

—Pero cuando no trabajaba en casa lo veíamos más a menudo —se lamentó Margaret.

—Margaret, te lo estoy explicando —repuso su madre con

impaciencia—. Ya tienes edad para comprender.

—Lo siento —dijo Margaret rápidamente, y decidió cambiar de tema—. Ahora siempre lleva una gorra de béisbol.

—¿Quién? ¿Charlie?

—No. Papá. Lleva esa gorra y nunca se la quita.

—¿Lo dices en serio? —La señora Brewer parecía muy sorprendida.

—Ya le hemos dicho que le queda fatal, pero no se la quita —dijo Margaret riendo.

La señora Brewer también rió.

—¡Oh, me llaman! —exclamó—. Debo darme prisa. Cuídate mucho. Intentaré llamarte más tarde.

Y colgó.

Margaret se quedó mirando el techo, observando cómo se movían las sombras de los árboles del jardín. Los gorrones se habían marchado y reinaba el silencio.

«Pobre mamá —pensó Margaret—, con lo preocupada que está por tía Leonor y yo, encima, quejándose.»

Se sentó en la cama, prestando atención al silencio. Charlie estaba en casa de un amigo y su padre, sin duda, estaba trabajando en el sótano, con la puerta cerrada a cal y canto.

«Voy a llamar a Diana. —Ya iba a coger el teléfono, cuando advirtió que estaba hambrienta—. Primero comeré algo y después llamaré a Diana.»

Se cepilló rápidamente el cabello ante el espejo del tocador y se precipitó después escaleras abajo.

Para su sorpresa, encontró a su padre en la cocina, inclinado sobre el fregadero, de espaldas a ella.

Iba a llamarlo cuando la detuvo la curiosidad. ¿Qué estaría haciendo? Se escondió y espió a través de la rendija de la puerta de la cocina.

El doctor Brewer parecía estar comiendo. Con una mano sostenía una bolsa, que apoyaba en la encimera, junto al fregadero. Mientras Margaret lo miraba sorprendida, introdujo la mano en la bolsa, tomó un puñado de algo y se lo llevó a la boca. Masticaba ruidosamente, con ansiedad.

«¿Qué estará comiendo —se preguntaba Margaret—. Nunca cena

con nosotros. Siempre dice que no tiene apetito, y ahora parece que se esté muriendo de hambre, come con avidez.»

La niña permaneció en el pasillo, observando cómo el doctor Brewer engullía a puñados el contenido de la bolsa. Pasado un rato, arrugó la bolsa y la tiró al cubo de basura, bajo el fregadero. A continuación se limpió las manos en la bata.

Margaret retrocedió a toda prisa, atravesó el pasillo de puntillas y se ocultó en el salón. Cuando su padre entró en el recibidor, aclarándose la garganta ruidosamente, ni siquiera se atrevió a respirar.

La puerta del sótano se cerró y Margaret oyó el sonido del candado. Cuando estuvo segura de que su padre ya había bajado, se dirigió a la cocina para saber qué era lo que su padre había estado comiendo con tanta avidez.

Revolvió el cubo de la basura hasta encontrar la bolsa arrugada. Entonces se quedó atónita al leer la inscripción: su padre había estado comiendo «alimento para plantas».



Margaret tragó saliva. Tenía la boca completamente seca y se agarraba con tanta fuerza a la encimera que hasta le dolía la mano. Tuvo que hacer un esfuerzo para soltarla.

Contempló los restos del alimento para plantas que había caído al suelo.

Se sintió mareada. No podía apartar de su mente la repulsiva imagen de su padre comiendo aquello. ¿Cómo podía comer «tierra»?

Y no es que la comiera, en realidad la devoraba.

Como si le gustase.

Como si lo necesitase.

Puede que comer eso formara parte de sus experimentos, pero... ¿qué tipo de experimentos debían de ser aquéllos? ¿Qué intentaba demostrar su padre cultivando esas extrañas plantas?

El interior de la bolsa olía a ácido, como a fertilizante. Margaret respiró profundamente y la sostuvo en la mano. Se sentía mal, imaginaba el sabor tan repulsivo que debía tener el alimento para plantas.

Sintió náuseas.

¿Cómo podía su padre tragar esa cosa tan horrible?

Contuvo el aliento, agarró la bolsa casi vacía y la tiró de nuevo al cubo de basura. Ya se disponía a marcharse, cuando una mano se posó sobre su hombro.

—¡Charlie! —exclamó asustada.

—Ya estoy en casa —dijo su hermano sonriendo—. ¿Comemos?

Más tarde, tras haber preparado un bocadillo, contó a Charlie lo que había visto. Este se puso a reír.

—Tiene gracia —dijo ella enfadada—. Nuestro propio padre comiendo tierra.

Charlie volvió a reírse como si encontrara la situación muy divertida. Margaret lo golpeó en la espalda con tanta fuerza que se le cayó el bocadillo.

—Lo siento —dijo—, pero no entiendo de qué te ríes. ¡Es horrible! ¿No te das cuenta de que a papá le está sucediendo algo, algo muy malo?

—A lo mejor le apetecía el alimento para plantas —bromeó Charlie, que no se había tomado nada en serio—. A ti también te gusta comer almendras garrapiñadas.

—Pero es diferente. ¿No te das cuenta de que comer tierra es asqueroso?

Antes de que Charlie pudiera responder, Margaret continuó hablando:

—¿No lo entiendes? Papá ha cambiado mucho, incluso después de que se fuera mamá, y se pasa cada vez más tiempo en el sótano.

—Es porque mamá no está —la interrumpió su hermano.

—Además, siempre está tan callado y distante con nosotros —continuó Margaret sin prestar atención—. Antes bromeaba y nos preguntaba que qué tal íbamos en la escuela. Ahora nunca habla, ya nunca me llama Princesa o Gordita, como hacía antes.

—Pero si estos apodos no te gustan, Gordita —dijo Charlie riendo, mientras se comía el bocadillo.

—Ya lo sé —dijo Margaret con impaciencia—. Es sólo un ejemplo.

—A ver, ¿qué estás intentando decirme? —preguntó Charlie—. ¿Que papá es muy raro? ¿Que se ha vuelto completamente loco?

—No, no lo sé —respondió Margaret con frustración—. Al ver cómo devoraba esa asquerosa comida para plantas, se me ocurrió una idea horrible. Pensé que se estaba convirtiendo en planta.

Charlie se levantó de un salto y tiró la silla con el impulso. Empezó a caminar por la cocina como un zombie, con los ojos cerrados y los brazos extendidos hacia delante.

—Soy el Increíble Hombre Planta —susurró, con una voz

profunda y siniestra.

—No es gracioso —insistió Margaret, cruzándose de brazos.

—¡El Hombre Planta contra la Mujer Raíz! —anunció Charlie mientras se dirigía a su hermana.

—No me hace ninguna gracia.

Charlie tropezó con la mesa:

—¡Ay!

—Te lo mereces.

—¡El Hombre Planta mata! —prosiguió Charlie, saltando sobre su hermana y clavándole la cabeza en el hombro.

—¡Estáte quieto de una vez! —chilló Margaret—. ¡Déjame en paz!

—Está bien, está bien. Pero me tienes que hacer un favor.

—¿Cuál? —preguntó Margaret con un gesto de resignación.

—Prepárame otro bocadillo.

El lunes por la tarde, después de ir a la escuela, Margaret, Charlie y Diana jugaban con el frisbee en el jardín de Diana. Era un día cálido y soplabla la brisa. El cielo estaba lleno de nubes blancas y diminutas.

Diana lanzó el disco al aire. El frisbee pasó sobre la cabeza de Charlie hacia la hilera de fragantes limoneros que se extendía junto al garaje. Charlie salió corriendo tras él y tropezó con una regadera que apenas sobresalía del suelo.

Las niñas se echaron a reír.

Charlie, corriendo todavía, lanzó el disco a Margaret quien intentó atraparlo sin conseguirlo a causa de la brisa.

—¿Cómo te sienta que tu padre sea un científico loco? —preguntó Diana de pronto.

—¿Qué has dicho? —preguntó Margaret, pues dudaba de haber oído bien las palabras de su amiga.

—No te quedes ahí quieta. ¡Tíramelo de una vez! —gritó Charlie desde la pared del garaje.

Margaret lanzó el frisbee a su hermano, deseoso de brincar y arrojarlo sobre el disco.

—El que trabaje en extraños experimentos no significa que sea un científico loco —respondió Margaret ofendida.

—Extraños es la palabra adecuada —observó Diana con gravedad—. Anoche soñé con aquellas horribles plantas del sótano. Lloraban y trataban de agarrarme.

—Lo lamento —dijo Margaret sinceramente—. Yo también tuve pesadillas.

—¡Allá va! —avisó Charlie. Lanzó el disco bajo y Diana lo atrapó a la altura de sus tobillos.

«Científico loco —pensaba Margaret—. Científico loco. Científico loco.»

Estas palabras acudían constantemente a su mente.

Pero los científicos locos sólo aparecían en las películas, ¿no?

—El otro día, mi padre estuvo hablando acerca del tuyo —comentó Diana mientras lanzaba el frisbee a Charlie.

—No le habrás contado nada de lo que vimos en el sótano, ¿verdad?

—No —contestó Diana.

—¿Están maduros estos limones? —preguntó Charlie, señalando uno de los árboles.

—¿Por qué no pruebas uno? —respondió Margaret, harta de las interrupciones de su hermano.

—¿Por qué no lo pruebas tú? —replicó él de inmediato.

—Papá dijo que habían despedido a tu padre porque se había negado a interrumpir sus experimentos —le confió Diana, y después corrió sobre el césped para atrapar el frisbee.

—No entiendo —dijo Margaret.

—La universidad le pidió que interrumpiera lo que estaba haciendo y él se negó. Dijo que no podía abandonar sus experimentos. Al menos eso fue lo que oyó decir mi padre a un cliente de la tienda.

Margaret no sabía nada al respecto y se sintió mal porque posiblemente fuera cierto.

—Debió de ocurrir algo terrible en el laboratorio de tu padre —continuó Diana—. Alguien resultó gravemente herido, o tal vez muerto.

—Eso no es verdad. Nos habríamos enterado:

—Sí, es probable —admitió Diana—. Pero mi padre dice que despidieron al tuyo porque se negó a interrumpir los experimentos.

—Bien, eso no significa que sea un científico loco —protestó Margaret. Y se vio a sí misma defendiendo a su padre sin saber por qué.

—Sólo te digo lo que he oído —replicó Diana, apartándose los cabellos de la cara—. No tienes que enfadarte conmigo.

Jugaron un rato más. Diana cambió de tema y habló acerca de unos chicos que conocían. Apenas tenían once años y ya eran novios. Luego pasaron a charlar sobre la escuela.

—Es hora de marcharse —gritó Margaret a su hermano. Este tomó el frisbee del césped y se aproximó corriendo—. Te llamo más tarde —dijo Margaret a Diana, y agitó la mano para despedirse de ella.

Los dos hermanos se encaminaron a su casa por los atajos que conocían.

—Necesitamos un limonero —le comunicó Charlie a Margaret, aminorando el paso—. ¡Son increíbles!

—¡Oh, sí! ¡Lo que nos faltaba! ¡Otra planta más en casa!

Mientras llegaban al sendero que conducía al jardín de su casa, distinguieron asombrados a su padre. Estaba ante el rosál, examinando las rosas blancas.

—¡Eh, papá! ¡Atrápalo! —exclamó lanzando el frisbee a su padre.

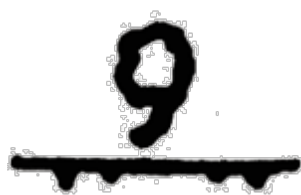
El doctor Brewer se dio la vuelta un poco tarde y el disco rozó su cabeza, arrastrando consigo la gorra que llevaba puesta. El doctor Brewer hizo un gesto de sorpresa y se llevó de inmediato las manos a la cabeza.

Pero era demasiado tarde.

Charlie y Margaret lanzaron un alarido cuando lo vieron.

Margaret creyó que los cabellos de su padre se habían vuelto verdes, pero luego se percató de que no tenía ni un solo pelo.

Todo su cabello había desaparecido. Se había caído. Y en su lugar habían brotado brillantes hojas de color verde.



—¡No pasa nada, chicos! —les tranquilizó el doctor Brewer mientras se inclinaba rápidamente para recoger la gorra y ponérsela de nuevo en la cabeza.

Se oyó el fuerte graznido de un cuervo que pasaba volando. Margaret levantó los ojos para seguir el vuelo del pájaro, pero sin olvidar lo que acababa de ver.

Incluso le dolía la cabeza al imaginar que unas ramas brotaban de su cráneo.

—¡No pasa nada, chicos! —repitió el doctor Brewer aproximándose a ellos.

—Pero papá... tu cabeza —tartamudeó Charlie, pálido.

Margaret sintió náuseas, pero intentó contenerse.

—Venid aquí los dos —les dijo su padre con suavidad, colocando los brazos sobre los hombros de los niños—. Sentémonos allí, a la sombra, y conversemos un poco. He hablado con mamá esta mañana y me ha dicho que estáis algo inquietos por mi trabajo.

—Tienes la cabeza... ¡verde! —insistió Charlie.

—Lo sé —dijo sonriendo el doctor Brewer.

Los condujo hacia la sombra de los altos setos que bordeaban el garaje y se sentaron sobre la hierba.

—Debéis de pensar que vuestro padre se ha vuelto muy raro, ¿verdad? —Miró fijamente a los ojos de Margaret, que desvió la mirada porque se sintió molesta.

El cuervo volvió a pasar en dirección contraria graznando frenéticamente.

—Margaret, no has dicho ni una sola palabra —dijo el doctor Brewer mientras abrazaba con cariño a su hija—. ¿Qué te sucede? ¿Qué quieres decirme?

Margaret suspiró y evitó la mirada de su padre.

—Venga, dinos por qué te salen ramas de la cabeza —dijo la niña sin rodeos.

—Es un efecto secundario. Algo temporal. Pronto desaparecerán y recuperaré el cabello.

—Pero ¿cómo te ha pasado esto? —preguntó Charlie mirando fijamente la gorra de su padre. Unas pocas hojas verdes asomaban bajo la visera.

—Tal vez os sintáis mejor si os explico lo que trato de hacer en el sótano —dijo el doctor Brewer, apoyándose en sus manos—. He estado tan concentrado en mis experimentos que no he tenido mucho tiempo para hablar con vosotros.

—No has tenido absolutamente nada de tiempo —le corrigió Margaret.

—Lo siento —dijo su padre bajando la mirada—. De veras que lo siento, pero este trabajo es tan estimulante y difícil...

—¿Descubriste una nueva especie de planta? —inquirió Charlie cruzando las piernas.

—No. Pero estoy tratando de «construir» un nuevo tipo de planta.

—¿Cómo? —preguntó Charlie.

—¿Alguna vez os han explicado en la escuela lo que es el ADN? —Los niños hicieron un gesto negativo con la cabeza—. Pues bien, es un poco complicado. —El doctor Brewer reflexionó un instante y prosiguió—: Intentaré explicároslo de una manera muy sencilla. Supongamos que tenemos una persona con un cociente de inteligencia muy alto.

—Como yo —le interrumpió Charlie.

—Calla, Charlie —le suplicó Margaret nerviosa.

—Un genio, como Charlie —continuó el doctor Brewer sonriendo—. Y supongamos que conseguimos aislar la molécula o el gen o el pedacito de gen que permitió a esa persona ser tan inteligente, y que podemos transmitirlo a otro cerebro. De esta manera, esa energía mental se transmitiría de generación en

generación y muchísimas personas conseguirían alcanzar un alto cociente intelectual. ¿Comprendéis? —Miró primero a Charlie y después a Margaret.

—Más o menos —respondió esta última—. Tomas una cualidad de una persona y la colocas en otras. Y así ellas también tendrán esta cualidad y la transmitirán a sus hijos, y así sucesivamente.

—Muy bien —dijo el doctor Brewer, sonriendo como no lo había hecho durante las últimas semanas—. Es lo que muchos botánicos hacen con las plantas. Tratan de sacar el elemento que permite a una planta dar fruto y lo colocan en otra. Crean una nueva planta que pueda dar cinco veces más su fruto.

—¿Y esto es lo que estás haciendo? —preguntó Charlie.

—No exactamente —contestó su padre bajando la voz—. Estoy haciendo algo un poco menos habitual. En realidad, no quiero entrar en detalles ahora, pero os diré que lo que trato de hacer es construir una planta que nunca ha existido y nunca «podría» existir. Estoy tratando de crear una planta que sea en parte animal.

Charlie y Margaret lo miraron sorprendidos. Margaret habló primero:

—¿Significa esto que estás tomando células de un animal y colocándolas en una planta?

—Así es. En realidad no quiero contaros nada más al respecto, ya comprenderéis que todo esto debe permanecer en secreto. —Observó a sus hijos a la espera de su reacción.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Margaret, fascinada por lo que acababa de oír—. ¿Cómo consigues pasar las células de los animales a las plantas?

—Intento dividirlas electrónicamente. Tengo dos cabinas de vidrio conectadas mediante un poderoso generador de electrones. Puede que las vierais cuando bajasteis a espiar —dijo con resentimiento.

—Sí. Parecen cabinas telefónicas —dijo Charlie.

—Una de las cabinas es un emisor, la otra un receptor. Trato de enviar el ADN correcto de una cabina a otra. Es un trabajo muy delicado.

—Y, ¿lo has conseguido? —intervino Margaret.

—Me ha faltado muy poco —respondió complacido el doctor

Brewer. Pero al poco tiempo, la sonrisa que había en sus labios se borró y con un gesto meditabundo se puso en pie para anunciarles —: Tengo que volver a mi trabajo. Os veré más tarde. —Y se dirigió hacia la casa cruzando el césped a grandes zancadas.

—Pero papá —le llamó Margaret. Ella y su hermano se habían levantado—. No nos has explicado lo de tu cabeza, lo de esas hojas que te han salido.

—No hay nada que explicar —respondió con sequedad—. Es sólo un efecto secundario. No os preocupéis. Ya se me pasará.

Y entró apresuradamente en la casa.

Charlie parecía muy complacido con la explicación que les había dado su padre.

—Papá está haciendo un trabajo realmente importante —sentenció con una seriedad poco habitual en él.

Mientras entraba en la casa, Margaret notó que no sólo las palabras de su padre la habían inquietado, sino aún más lo que no les había contado. Su padre no les había explicado realmente por qué brotaban aquellas hojas de su cabeza. La frase: «Sólo es un efecto secundario», no explicaba demasiado.

¿Un efecto secundario de qué? ¿Qué lo había causado? ¿Qué había producido la caída del cabello? ¿Cuándo crecería de nuevo?

Era evidente que su padre no quería profundizar con ellos en ese tema y que había regresado al sótano a toda prisa para no tener que contarles nada.

Margaret se sentía mal cada vez que pensaba en ello.

Sólo con imaginar que unas ramas llenas de hojas le salían de la cabeza, le picaba todo el cuerpo.

Estaba segura de que esa noche también iba a tener pesadillas.

Ya en su habitación, se abrazó a la almohada mientras pensaba que Charlie y ella deberían haberle hecho muchas más preguntas a su padre. Por ejemplo: ¿por qué gemían esas plantas? ¿Por qué algunas de ellas respiraban? ¿Por qué había atrapado a Charlie aquel arbusto? ¿Qué animal estaba utilizando su padre?

Muchísimas preguntas, además de aquella cuya respuesta más le interesaba: ¿por qué su padre comía con tanta avidez el asqueroso alimento para plantas?

Pero Margaret no podía hacer esa pregunta a su padre; él no

debía enterarse de que su hija le había estado espiando.

En realidad, ni ella ni su hermano le habían preguntado lo que de verdad deseaban saber. Estaban tan contentos de que su padre se hubiera sentado a hablar con ellos unos minutos que se habían conformado con eso.

Para Margaret, todo lo que había contado su padre resultaba interesante y asombroso. Puede que ese experimento lanzara a su padre a la fama, pero, ¿les había contado todo?

Un terrible pensamiento pasó por su mente: ¿les habría mentido?

«No, papá es incapaz de mentiros —pensó la niña para sus adentros—. Lo que sucede es que no ha respondido a todas nuestras preguntas.»

Después de haber cenado y de haber hablado con Diana por teléfono durante una hora, y tras haber hecho los deberes y haber visto la televisión, Margaret continuaba meditando tendida en su cama.

Cuando oyó los tenues pasos de su padre subiendo la escalera alfombrada, se sentó en la cama. Una agradable brisa movía las cortinas de la habitación. El doctor Brewer se dirigió al cuarto de baño y abrió el grifo del lavamanos.

Margaret sintió que debía hacerle una pregunta muy importante a su padre. Miró el reloj y vio que eran las dos y media de la mañana, sin embargo, estaba completamente despejada.

«Debo preguntarle por qué comía el alimento para plantas —pensó Margaret—. De lo contrario me volveré loca. No haré más que pensar en este asunto y cada vez que vea a mi padre lo imaginaré de pie, frente al fregadero, comiendo puñados de barro.

»La explicación debe de ser sencilla —prosiguió, mientras saltaba de la cama—. Seguro que papá tiene una explicación muy lógica, y yo tengo que saberla.»

Avanzó quedamente por el pasillo. Un rayo de luz se filtraba por la ranura de la puerta del baño, que estaba ligeramente entreabierta. El grifo del agua continuaba abierto.

Margaret oyó que su padre tosía y que el agua dejaba de correr.

«Debo saber la respuesta —pensó—. Tengo que saberla de una vez.»

Se acercó al delgado triángulo de luz y se asomó al interior del cuarto de baño.

El doctor Brewer estaba de pie e inclinado sobre el lavamanos. Su camisa estaba en el suelo y se había quitado la gorra. Las hojas que le cubrían la cabeza brillaban bajo la luz del baño.

Margaret contuvo el aliento: «¡qué hojas tan verdes y tan gruesas!»

El doctor Brewer no advirtió la presencia de su hija. Estaba concentrado en cortar con unas pequeñas tijeras el vendaje con que se cubría la mano. Cuando lo consiguió, Margaret descubrió que la mano de su padre todavía sangraba.

¿O acaso no era así?

¿Qué goteaba en realidad de la mano de su padre? ¿Qué salía de allí?

Margaret seguía fascinada todos los movimientos de su padre. El doctor Brewer se lavaba la herida con cuidado bajo el chorro de agua caliente y luego la examinaba detenidamente. De la herida, sin embargo, fluía un líquido.

No parecía ser sangre.

No podía ser sangre.

El líquido que caía en el lavamanos era ¡verde brillante!

Margaret se asustó tanto que lanzó un pequeño chillido y salió corriendo hacia su habitación.

—¿Quién anda por ahí? —preguntó el doctor Brewer—. ¿Margaret? ¿Charlie?

«Me ha visto —se decía Margaret arrebujándose en las sábanas de su cama—. Me ha visto y ahora vendrá a mi habitación.»

10

Margaret se cubrió completamente con las sábanas. Estaba temblando y sentía un intenso frío.

Contuvo el aliento y escuchó.

El grifo volvía a estar abierto y el agua caía en el lavamanos, pero no se oían pisadas.

«No me ha seguido —se dijo la niña, y suspiró aliviada. Pero después pensó—: ¿Cómo es posible que haya tenido tanto miedo de mi propio padre? ¿Cómo es posible que me haya ocurrido esto?»

Nunca antes le había sucedido algo así, y Margaret no podía evitar el espanto y horror que le causaba su padre.

«Si al menos mamá estuviera en casa...»

Inconscientemente buscó el teléfono.

Había pensado en llamar a su madre, en despertarla y decirle que regresara cuanto antes. Quería que supiera que algo terrible le estaba ocurriendo a su padre, que estaba cambiando, que actuaba de una forma muy extraña.

Consultó el reloj. Eran las tres menos cuarto.

No. No podía llamar a su madre. Bastantes preocupaciones tenía ya en Tucson para que su hija la asustara de esta forma. Además, ¿qué podía decirle? ¿Cómo iba a explicarle que su propio padre la aterrorizaba?

La señora Brewer sólo le aconsejaría que se tranquilizase. Le diría que su padre la quería mucho y que nunca le haría ningún daño, que su trabajo le absorbía.

¡Vaya si le absorbía! Le salían ramas de la cabeza, comía tierra y

tenía la sangre de color verde.

Margaret oyó que su padre cerraba el grifo y apagaba la luz del cuarto de baño. Después oyó que se dirigía al fondo del pasillo, a su dormitorio.

Entonces se relajó. Sacó la cabeza fuera de las sábanas y respiró aliviada. Cerró los ojos e intentó conciliar el sueño.

Empezó a contar ovejas porque no podía dormir y, cuando llegó a 375, le dolía la cabeza y tenía sed. Decidió bajar y beber un poco de agua fría.

«Mañana me encontraré mal —se lamentó, mientras bajaba las escaleras hacia la cocina—. Bueno, ya es mañana.»

El suelo de la cocina crujió bajo sus pies desnudos y el ruido del motor de la nevera la sobresaltó.

«Tranquila —pensó—, conserva la calma.»

Había abierto la nevera y tenía ya la jarra de agua en la mano, cuando una mano se posó en su hombro.

—¡Ay! —gritó Margaret, dejando caer la jarra. El agua helada formó un charco alrededor de sus pies.

—¡Charlie! ¡Qué susto me has dado! —exclamó—. ¿Qué estás haciendo aquí a estas horas?

—¿Y tú? —replicó Charlie, mirándola con cara de sueño y el pelo revuelto.

—No podía dormir. Ayúdame a recoger el agua.

—Yo no la he tirado. Recógela tú.

—¡Pero yo la he tirado por tu culpa! —protestó Margaret. Cogió unas servilletas de papel y le entregó un montón a su hermano—. ¡Vamos, date prisa!

Ambos se arrodillaron e iluminados por la luz de la nevera empezaron a limpiar el suelo.

—No hago más que pensar en este asunto —dijo Charlie, tirando las servilletas mojadas al fregadero—. Por eso no puedo dormir.

—A mí me pasa igual —dijo Margaret frunciendo el ceño.

Se disponía a añadir algo más, cuando de pronto un sonido procedente del recibidor la interrumpió. Era un lamento, un gemido lleno de tristeza.

Margaret se asustó y dejó de limpiar el suelo.

—¿Qué ha sido eso?

Los ojos de Charlie se llenaron de miedo.

De nuevo oyeron el mismo sonido triste, como un ruego, como un ruego lastimero. —Viene... viene del sótano —señaló Margaret.

—¿Será una planta? —susurró Charlie—. ¿Será una de las plantas de papá?

Margaret no respondió. Se sentó en el suelo, inmóvil, escuchando.

Esta vez llegó a sus oídos otro gemido más suave, pero igual de triste.

—No creo que papá nos haya contado toda la verdad —dijo Margaret a su hermano mirándolo fijamente. Charlie estaba pálido y, por la expresión de su rostro, aterrorizado—. No creo que una simple tomatera pueda gemir de este modo.

Margaret se levantó, recogió las servilletas mojadas y las tiró en el cubo de basura que estaba bajo el fregadero. Luego cerró la puerta de la nevera y dejó la cocina a oscuras.

Se dirigieron al recibidor para detenerse ante la puerta del sótano. Prestaron atención pero ya no se oía nada.

Charlie intentó abrir la puerta pero estaba cerrada con el candado.

—¡Qué sonido tan humano! —dijo el niño.

Margaret se estremeció. ¿Qué estaba sucediendo en el sótano? ¿Qué estaba realmente sucediendo allí?

Alcanzó el piso superior y esperó a que Charlie estuviera a salvo en su habitación. Este agitó la mano en señal de despedida, bostezó y cerró la puerta tras de sí.

Pocos minutos después, Margaret estaba en la cama y completamente tapada con las sábanas y la colcha pese al calor de la noche. No había conseguido beber y tenía la boca seca.

Al final, se sumió en un sueño intranquilo.

El despertador sonó a las siete y media. Margaret se incorporó dispuesta a ir a la escuela, pero luego recordó que durante los dos días siguientes se habían anulado las clases.

Apagó el despertador, apoyó la cabeza en la almohada e intentó conciliar de nuevo el sueño. Pero ya se había desvelado y los recuerdos de la noche anterior invadían su mente, provocándole el mismo temor que había experimentado pocas horas antes.

Se incorporó, se desperezó y decidió hablar con su padre, preguntarle sin rodeos todo lo que deseaba saber.

«Es mejor que lo haga ahora antes de que desaparezca en el sótano.

»No quiero tener miedo de mi propio padre.

»No quiero.»

Se puso una bata sobre el pijama y cogió las zapatillas que estaban en un desordenado armario. Cuando salió al pasillo, hacía un calor espantoso, casi sofocante, y la pálida luz de la mañana se filtraba a través de la claraboya.

Se detuvo frente a la habitación de Charlie, preguntándose si debía despertarlo para que él también participara en la conversación. Pero decidió que era mejor no hacerlo ya que estaría cansado después de esa agotadora noche.

Armándose de valor, recorrió el pasillo y llegó a la habitación de sus padres. La puerta estaba abierta.

—¿Papá?

Nadie respondió.

—Papá, ¿estás despierto?

Entró en la habitación.

Su padre no estaba allí.

Se percibía, sin embargo, un extraño olor acre. Las cortinas estaban cerradas y las sábanas arrugadas, apiñadas al pie de la cama.

—¿Papá?

Tal vez ya era demasiado tarde. Tal vez su padre ya estaba encerrado en el sótano. Se habría levantado temprano y...

Pero, ¿qué había en la cama?

Margaret encendió la luz del vestidor y se aproximó a la cama.

—¡Oh, no! —gritó horrorizada, llevándose las manos a la cara.

La cama estaba cubierta de una gruesa capa de tierra.

Margaret la contempló inmóvil, conteniendo la respiración.

La tierra era negra y parecía húmeda.

Y se movía.

¿Se movía?

«No puede ser —pensó Margaret—, es imposible.»

Se inclinó para observarla.

No, en realidad no se movía.

Estaba llena de cientos de insectos que se movían, así como de largas lombrices que se arrastraban sobre la tierra que tapaba la cama de su padre.



Charlie no bajó hasta las diez y media. Antes de que apareciera, Margaret había preparado el desayuno, se había vestido y había hablado por teléfono con Diana durante media hora. El resto del tiempo lo había pasado yendo de un lado a otro sin saber qué hacer.

Había intentado hablar con su padre, había golpeado la puerta del sótano varias veces, primero con timidez y luego con más fuerza. Pero o bien el doctor Brewer no podía oírla o bien no deseaba hacerlo, porque no había respondido en ninguna ocasión.

Cuando por fin apareció Charlie, Margaret le sirvió un vaso de zumo de naranja y lo condujo al jardín. El día estaba nublado y el cielo tenía un color amarillento. El calor era sofocante.

Mientras se dirigían al seto, Margaret contó a su hermano todo lo que había visto: la sangre verde de su padre y la tierra llena de bichos que cubría su cama.

Charlie la escuchaba atónito, sin llegar a beberse el zumo, y la miraba fijamente, mudo. Al final, colocó el vaso sobre el césped y susurró:

—¿Y ahora qué hacemos?

—Ojalá nos llamara mamá —repuso Margaret.

—¿Piensas explicárselo todo? —inquirió Charlie, hundiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

—Me gustaría. Pero no sé si creerá toda esta historia.

—Esto es horrible —prosiguió Charlie—. Ya sé que es nuestro padre, que ha estado a nuestro lado toda la vida, pero...

—Pero ya no es el mismo.

—Tal vez pueda explicárnoslo todo —dijo Charlie animado—. Quizá tenga una explicación lógica para todo esto, como para lo de las hojas que brotan en su cabeza.

—Ya le hemos preguntado acerca de este asunto —le recordó Margaret—. Dijo que era sólo un efecto secundario, y eso, no es una explicación muy buena.

Charlie asintió en silencio.

—Le he contado algo de lo que ha sucedido a Diana —confesó Margaret.

Charlie la miró sorprendido.

—Bueno, tenía que decírselo a alguien —prosiguió Margaret un poco incómoda—. Diana piensa que debo llamar a la policía.

—¿Cómo? —exclamó Charlie—. Papá no ha hecho nada malo, ¿por qué tenemos que llamar a la policía?

—Lo mismo le dije yo a Diana, pero ella afirma que debe de haber alguna ley contra los científicos chiflados.

—Papá no es un científico chiflado. Eso es una estupidez. Sólo es... Sólo es...

«¿Sólo es qué? —pensó Margaret—. ¿Qué es?»

Unas horas más tarde, todavía se encontraban en el jardín tratando de decidir qué iban a hacer. Entonces se abrió la puerta de la cocina y su padre les dijo que entraran.

Margaret miró sorprendida a Charlie: su padre había salido del sótano.

—A lo mejor podemos conversar acerca de todo esto con él —dijo Charlie.

Ambos entraron corriendo a la cocina. El doctor Brewer, con su gorra de béisbol puesta, les sonrió mientras repartía unos platos soperos sobre la mesa.

—Es hora de comer —anunció el doctor Brewer todavía sonriente.

—Papá, tenemos que hablar contigo —le dijo Margaret muy seria.

—Me parece que no tengo mucho tiempo —respondió él, evitando mirar a su hija—. Sentaos y probad este nuevo plato. A ver si os gusta.

Margaret y Charlie ocuparon obedientemente sus lugares en la

mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó Charlie.

Los dos tazones estaban llenos de una sustancia verde y espesa.

—Parece puré de patatas de color verde —observó Charlie haciendo una mueca.

—Es algo diferente —replicó el doctor Brewer misteriosamente—. Vamos, probadlo de una vez. Estoy seguro de que os sorprenderá.

—Papá... es la primera vez que nos preparas la comida —dijo Margaret tratando de disimular su desconfianza.

—Sólo quería que probarais esto —contestó su padre, y su sonrisa se desvaneció—. Sois mis conejillos de Indias.

—Hay algunas cosas que queremos preguntarte —insistió Margaret. Levantó la cuchara, pero no probó la sustancia verde.

—Tu madre ha llamado esta mañana —le informó el doctor Brewer.

—¿Cuándo? —preguntó ansiosa Margaret.

—Hace poco. Como estabais en el jardín no habréis podido oír el teléfono.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Charlie, absorto en el plato que tenía delante.

—La tía Leonor se encuentra mejor y ya ha salido de la unidad de cuidados intensivos. Mamá pronto volverá a casa.

—¡Menos mal! —exclamaron los dos hermanos a la vez.

—¡Comed! —les ordenó su padre, señalando los platos.

—¿Y tú? ¿Tú no vas a comer? —inquirió Charlie, jugando con la cuchara.

—No —respondió de inmediato su padre—. Yo ya he comido. —Se apoyó con ambas manos sobre la mesa y Margaret descubrió que llevaba un nuevo vendaje.

—Papá, anoche... —comenzó.

Pero el doctor Brewer la interrumpió bruscamente:

—¡Comed!

—¿Pero qué es? —se quejó Charlie—. No huele muy bien.

—Ya veréis cómo os gusta. Es muy dulce.

El doctor Brewer no apartaba la mirada de sus hijos, animándolos a probar el contenido de sus platos.

Margaret estaba aterrorizada.

«Insiste demasiado —pensó mirando a su hermano—. Nunca nos había preparado la comida. ¿Qué demonios está ocurriendo aquí?»

Por su expresión, Charlie debía de estar pensando lo mismo que ella.

«¿Qué trata de hacernos papá? ¿Querrá que nos salgan hojas de la cabeza, que nos transformemos?»

Aunque estas ideas le parecían absurdas, tenía mucho miedo.

—¿Qué os sucede a los dos? —preguntó el doctor Brewer con impaciencia—. Coged las cucharas y empezad de una vez a comer.

Los niños levantaron la cuchara, pero se sintieron incapaces de llevarse ese puré verde a la boca.

—¡Comed de una vez! ¡Vamos!

«No tenemos otro remedio», pensó Margaret.

Le temblaba la mano cuando acercó la cuchara a su boca.

12

—¡Vamos! ¡Seguro que os gusta! —insistía el doctor Brewer, inclinado sobre la mesa.

Margaret ya estaba a punto de probar la sustancia verde cuando, sin que nadie lo esperase, sonó el timbre de la puerta.

—¿Quién podrá ser? —preguntó el doctor Brewer, enojado por la interrupción—. Ahora vuelvo, niños.

—¡Nos hemos salvado! —dijo Margaret, dejando caer la cuchara en el plato con un golpe seco.

—Esto es asqueroso —susurró Charlie—. Es una especie de alimento para plantas o algo así. ¡Puaff!

—Date prisa —dijo Margaret mientras se levantaba de un salto y cogía los dos tazones—. ¡Ayúdame!

Corrieron al fregadero y vaciaron allí los platos. Luego los llevaron a la mesa de nuevo y los colocaron junto a las cucharas.

—Vamos a ver quién ha venido —dijo Charlie. Avanzaron silenciosamente por el pasillo justo a tiempo de ver a un hombre, con un maletín oscuro, que estrechaba la mano de su padre. Era un hombre calvo y de tez bronceada, llevaba gafas de sol con vidrios azules, tenía un bigote castaño y vestía un traje azul con una corbata a rayas blancas y rojas.

—¡Señor Martínez! —exclamó el doctor Brewer—. ¡Qué... sorpresa!

—Es el antiguo jefe de papá —le explicó Margaret a su hermano.

—Ya lo sé —respondió éste ofendido.

—Ya le dije hace unas semanas que pasaría por aquí para saber

cómo va su trabajo. —Martínez parecía estar husmeando el aire—. Manuel me ha traído hasta aquí. Tengo el coche en el taller, como de costumbre.

—Bueno, todavía no estoy preparado —dijo vacilante el doctor Brewer. Aunque daba la espalda a sus hijos, éstos advirtieron su nerviosismo—. No esperaba a nadie. Quiero decir... que no creo que sea el momento oportuno.

—No hay problema. Sólo echaré un vistazo —replicó Martínez, colocando la mano sobre el hombro del doctor Brewer para tranquilizarlo—. Siempre he estado muy interesado por su trabajo. Ya lo sabe, como también sabe que no fue idea mía despedirlo. Fue la junta la que me obligó a hacerlo. No tuve otro remedio, pero todavía no he renunciado a usted, se lo prometo. Y ahora, vamos, vamos a ver qué progresos ha hecho.

—Bien... —El doctor Brewer no podía ocultar el desagrado que le producía la inesperada aparición del señor Martínez. Murmuró algo por lo bajo e intentó obstaculizar el paso hacia el sótano, o al menos eso creyó Margaret.

El señor Martínez cruzó el umbral, pasó junto al doctor Brewer y se dirigió hacia la puerta del sótano.

—¡Hola, pequeños! —saludó a Margaret y Charlie.

El doctor Brewer miró a sus hijos asombrado.

—¿Ya habéis terminado de comer?

—Sí, estaba bastante bueno —mintió Charlie.

La respuesta pareció agradar al doctor Brewer, que se ajustó la gorra a la cabeza y siguió al señor Martínez hacia el sótano, cerrando con cuidado la puerta con el candado.

—Quizá contrate de nuevo a papá —dijo.

Charlie de vuelta a la cocina. Abrió la nevera y buscó algo que comer.

—No seas tonto —replicó Margaret, tomando un recipiente lleno de ensalada de huevo—. Si papá está cultivando plantas que son como animales se hará famoso y ya no necesitará ningún empleo.

—Sí, es verdad —admitió Charlie meditabundo—. ¿Sólo hay ensalada de huevo?

—Si quieres te preparo un bocadillo.

—En realidad no tengo hambre —respondió Charlie—. Esa cosa

verde me ha revuelto el estómago. ¿Por qué crees que quería hacérsela comer?

—No lo sé —contestó Margaret. Colocó una mano sobre el hombro de Charlie y prosiguió—: Estoy muy asustada, Charlie. Ojalá estuviera mamá en casa.

—Lo mismo pienso yo.

Margaret metió la ensalada en la nevera y cerró la puerta.

—Charlie, ¿crees que papá nos está diciendo la verdad?

—La verdad acerca de qué.

—De algo.

—No lo sé —respondió Charlie sacudiendo la cabeza. Luego cambió súbitamente de expresión y sus ojos resplandecieron—: Hay una manera de averiguarlo.

—¿Cuál? —preguntó Margaret, apartándose de la nevera.

—En cuanto papá salga, volveremos al sótano y veremos qué es lo que está haciendo realmente.

13

La oportunidad se presentó el día siguiente por la tarde, cuando el doctor Brewer salió del sótano con la caja roja de herramientas en la mano.

—Le prometí al señor Harker que le ayudaría a instalar su nuevo lavamanos en el baño —explicó a sus hijos, mientras se ajustaba la gorra con la mano que tenía libre.

—¿A qué hora regresarás? —le preguntó Charlie, echando una mirada de complicidad a su hermana.

—No creo que tarde más de dos horas —respondió el doctor Brewer, y desapareció por la puerta de la cocina.

Los niños observaron cómo acertaba el trayecto atravesando el seto del patio trasero y oyeron la puerta de la casa de su vecino al cerrarse.

—¡Ahora o nunca! —exclamó Margaret, algo dubitativa—. ¿Crees que debemos hacerlo? —Intentó abrir la puerta pero estaba cerrada con el candado.

—Esto está chupado —la tranquilizó Charlie con cara de travieso—. Trae un clip de sujetar papeles. Te mostraré lo que me enseñó mi amigo Pablo la semana pasada.

Margaret hizo lo que le pedía. Buscó un clip en el escritorio y se lo llevó a su hermano. Charlie lo desdobló y manipuló con él el candado. Al poco tiempo entonó una alegre marcha triunfal y abrió la puerta.

—Ahora eres un experto ladrón, ¿verdad? Me gustaría conocer a ese tal Pablo —comentó Margaret sacudiendo la cabeza.

Charlie sonrió y la invitó a pasar.

—Está bien. No pensemos más y actuemos —dijo Margaret armándose de valor, y comenzó a bajar por las escaleras.

Pocos segundos después los dos niños se encontraban en el sótano.

Una ola de aire cálido y húmedo los invadió. Era tan húmedo y denso que Margaret sentía gotitas de agua pegadas a la piel.

Con los ojos entrecerrados para protegerlos de la brillante luz, se detuvieron en el umbral que conducía a la habitación donde se hallaban las plantas. Estaban más altas, más gruesas y más frondosas que la primera vez que las habían visto.

Largas y sinuosas lianas colgaban de los tallos amarillos. Las hojas verdes y ocres se agitaban y temblaban, centelleantes bajo la luz blanca. Chocaban unas contra otras y producían un suave sonido. Un grueso tomate cayó al suelo.

Todo brillaba intensamente. Las plantas parecían temblar, como si estuvieran a la expectativa. No permanecían quietas, sino parecían levantarse, extenderse, llenas de energía.

Unas lianas marrones serpenteaban sobre la tierra y se enredaban en otras plantas y un frondoso helecho había crecido hasta el techo, desde donde se inclinaba para caer de nuevo.

—¡Mira! —exclamó Charlie, impresionado por esa selva temblorosa y brillante—. ¿Están recién cultivadas?

—Supongo que sí —susurró Margaret—. ¡Pero parecen prehistóricas!

Se las oía respirar, fuertes suspiros y un suave quejido procedente del trastero.

De repente, una de las lianas de un grueso tronco se meció ante ellos. Margaret hizo retroceder a Charlie.

—¡Cuidado, no te acerques demasiado!

—Ya lo sé —protestó Charlie—. No vuelvas a empujarme así, me has asustado.

La liana se deslizó inofensivamente por el suelo.

—Lo siento —dijo Margaret, dándole un afectuoso apretón en el hombro—. Es que... recuerda lo que pasó la última vez...

—Tendré cuidado.

Margaret se estremeció.

Oyó una respiración, tenue y regular.

«Definitivamente, estas plantas no son normales», pensó.

Dio un paso atrás y continuó contemplando la asombrosa vegetación en movimiento hasta que un grito de terror la sobresaltó.

—¡Ayúdame! ¡Me ha atrapado! ¡Me ha atrapado!

14

Margaret lanzó un chillido y se alejó temerosa de las plantas en busca de su hermano.

—¡Ayúdame! —gemía Charlie.

Aterrada, Margaret avanzaba hacia su hermano cuando descubrió una criatura pequeña y gris que se deslizaba por el suelo.

Se echó a reír.

—Charlie, ¿es una ardilla!

—¿Qué? —exclamó Charlie con un agudo tono de voz—. Me ha agarrado por el tobillo y...

—¡Mira! —Y señaló Margaret al animal con el dedo—. Es una ardilla y está muy asustada. Debió de chocar contigo.

—¡Oh! —suspiró aliviado Charlie. El color volvió de nuevo a su pálido rostro—. Pensé que era una de esas plantas.

—Sí. Una planta gris y peluda —replicó Margaret sacudiendo la cabeza. Todavía le latía con fuerza el corazón—. Menudo susto me has dado.

La ardilla se detuvo a unos pocos metros, se volvió, se sentó sobre sus patas traseras y los miró, temblando de pies a cabeza.

—¿Cómo habrá entrado esta ardilla aquí? —preguntó Charlie con voz temblorosa.

—Las ardillas entran por cualquier sitio. ¿Recuerdas aquella que nos seguía? —Margaret dirigió la mirada hacia la ventana que había a ras del suelo del jardín, en la parte superior de la pared—. La ventana está abierta. Debió de entrar por ahí.

Charlie comenzó a perseguir a la ardilla, la cual, levantó de

inmediato la cola y se puso a correr entre las plantas.

—¡Sal de aquí! —gritaba Charlie al animalito.

La asustada ardilla, seguida de cerca por Charlie, rodeó dos veces la planta y finalmente huyó por la ventana.

—Buen trabajo —dijo Margaret—. Ahora salgamos de aquí. No sabemos qué sucede. No tenemos ni idea de lo que estamos buscando y no podemos saber si papá dice la verdad o nos está mintiendo.

Se dirigió hacia la escalera pero se detuvo al oír un ruido semejante a unos golpes.

—Charlie, ¿has oído eso? —Buscó a su hermano con la mirada, pero estaba oculto por las grandes hojas de las plantas—. ¿Charlie?

—Sí, ya lo he oído. Viene del trastero.

Los golpes eran siniestros, como si alguien estuviera ahí dentro.

—Charlie, vamos a ver qué hay ahí.

Charlie no dijo nada.

Los golpes cada vez eran más fuertes.

—Charlie... ¿dónde estás? No me asustes —decía Margaret mientras se acercaba a las brillantes plantas. Otro tomate cayó al suelo, tan cerca de su pie que Margaret pegó un brinco.

Pese al intenso calor, sintió que la invadía una oleada de frío.

—¿Charlie?

—Margaret, ven aquí. He encontrado algo. —Charlie parecía inseguro, preocupado.

Margaret distinguió a su hermano de pie ante el escritorio, al lado del trastero. Los golpes habían cesado.

—Charlie, ¿qué sucede?

—Mira lo que he encontrado —dijo su hermano, y recogió del suelo unas prendas dobladas—. Estaban debajo del escritorio.

—¿Qué es?

Charlie se lo mostró. Era la chaqueta de un traje. De un traje azul. Una corbata a rayas blancas y rojas estaba doblada en su interior.

—Es el traje del señor Martínez —dijo Charlie, apretando el cuello de la arrugada chaqueta entre sus manos—. La chaqueta y la corbata.

Margaret lo contempló asombrada.

—¿Se lo habrá olvidado aquí?

—Si se lo olvidó, ¿por qué estaba escondido debajo del escritorio?

Margaret miró fijamente la chaqueta y pasó la mano por la corbata de seda.

—¿Te diste cuenta de si el señor Martínez se marchaba ayer por la tarde? —le preguntó Charlie.

—No, pero debió de hacerlo porque su coche no estaba allí.

—Le dijo a papá que le había acompañado un amigo.

Margaret levantó los ojos de la arrugada chaqueta y miró el rostro preocupado de su hermano pequeño.

—Charlie... ¿Crees que el señor Martínez no se fue? ¿Que se lo comió alguna de estas plantas o algo así? ¡Eso es ridículo!

—Entonces, ¿por qué estaban escondidas la chaqueta y la corbata? —insistió Charlie.

Margaret no tuvo ninguna oportunidad de responder.

Los dos se quedaron sin habla cuando oyeron unos fuertes pasos por la escalera.

—¡Escóndete! —susurró Margaret.

—¿Dónde?

15

Margaret consiguió escalar hasta la ventana abierta y logró salir al jardín.

«La ardilla se ha comportado como una buena amiga —pensó, mientras tiraba del brazo de su hermano—. Nos enseñó cómo escapar del sótano.»

El aire de la tarde era frío comparado con el del sótano. Jadeando, los dos niños se arrodillaron para observar el interior del sótano.

—¿Quién es? —murmuró Charlie.

Margaret no tuvo que responder, porque los dos vieron a su padre avanzar hacia la luz blanca, mirando por todas partes.

—¿Por qué habrá vuelto? —preguntó Charlie.

—¡Shhh! —Margaret colocó un dedo sobre sus labios. Luego se incorporó y se dirigió hacia la puerta trasera—. ¡Vamos, date prisa!

Entraron en la cocina en el preciso momento en que su padre salía del sótano, con una expresión preocupada en el rostro.

—¡Ah, estáis aquí!

—¡Hola, papá! —respondió Margaret, aparentando calma—. ¿Cómo es que has vuelto?

—Necesitaba otras herramientas —respondió, estudiando sus rostros con recelo—. ¿Dónde os habíais metido?

—Estábamos en el jardín —respondió Margaret—. Pero hemos vuelto al oír la puerta.

El doctor Brewer murmuró unas palabras por lo bajo y sacudió la cabeza.

—Antes no me mentíais. Sé que habéis estado otra vez en el sótano. Habéis dejado la puerta abierta de par en par.

—Sólo queríamos mirar —admitió Charlie temeroso.

—Hemos encontrado la chaqueta y la corbata del señor Martínez —añadió Margaret—. ¿Qué le sucedió?

—Ahora resulta que tengo dos espías por hijos —respondió cortante el doctor Brewer—. Martínez tenía calor. Como debo mantener las temperaturas del sótano muy altas, Martínez se la chaqueta y la corbata y las dejó sobre el escritorio. Luego debió de olvidar recogerlas.

»Creo que se encontraba en estado de shock después de todo lo que le enseñé. No es extraño que se haya olvidado sus cosas. Ya he hablado con él esta mañana e iré a devolverle la chaqueta y la corbata en cuanto termine el trabajo en casa del señor Harker.

Margaret vio que Charlie sonreía, y ella también lo hizo aliviada: el señor Martínez estaba fuera de peligro.

«Cómo puedo imaginar que mi propio padre haga algo malo a alguien», pensó.

Pero no podía evitarlo, cada vez que veía a su padre, Margaret se sentía atemorizada.

—Tengo que irme —anunció el doctor Brewer. Cogió las herramientas que había ido a buscar y se encaminó a la puerta. Pero se detuvo al final del pasillo y se volvió—. No regreséis al sótano, ¿me habéis oído bien? Podéis correr un gran peligro.

Cuando su padre hubo partido, Margaret reflexionó acerca de lo que había dicho.

¿Era una advertencia o una amenaza?

16

Margaret pasó la mañana del domingo con Diana, paseando en bicicleta por las doradas colinas. El sol brillaba a través de la niebla matutina y el cielo pronto se tornó de un intenso azul. La fuerte brisa refrescaba su marcha. El estrecho sendero estaba bordeado de flores amarillas y rojas, y Margaret tuvo la sensación de estar viajando a un lugar muy, muy lejano.

Comieron en casa de Diana una sopa de tomate y ensalada de aguacate y luego se dirigieron a casa de Margaret, mientras pensaban qué harían el resto de la tarde.

El doctor Brewer estaba sacando el coche del garaje en el momento en que llegaban Margaret y Diana en sus bicicletas. Bajó el vidrio con una amplia sonrisa y las saludó:

—¡Buenas noticias! Tu madre está en camino. ¡Voy a buscarla al aeropuerto!

—¡Oh, es estupendo! —exclamó Margaret tan feliz que estuvo a punto de ponerse a llorar. Las dos amigas se despidieron con la mano y entraron en la casa.

«¡Qué feliz soy! —pensó Margaret—. Será maravilloso tenerla aquí de nuevo. Poder hablar con ella. Poder explicarle lo que está sucediendo con papá.»

Estuvieron hojeando algunas revistas en la habitación de Margaret y escuchando unos discos que Diana había comprado recientemente. Poco después de las tres, Diana recordó que tenía clase de piano y que ya era tarde. Salió corriendo, se montó en la bicicleta y gritó:

—¡Saluda a tu mamá de mi parte! —Y desapareció por el sendero.

Margaret permaneció detrás de la casa contemplando las distantes colinas y preguntándose qué haría para pasar el tiempo que quedaba hasta la llegada de su madre. La brisa azotaba su rostro. Decidió tomar un libro e instalarse debajo del árbol que había en medio del jardín.

Se volvió y abrió la puerta de la cocina. Charlie apareció corriendo.

—¿Dónde están las cometas? —preguntó sin aliento.

—¿Las cometas? No sé. ¿Por qué? —Margaret asió a su hermano del brazo para atraer su atención—. Mamá llega hoy. Estará aquí dentro de una hora más o menos.

—¡Estupendo! —exclamó Charlie—. Apenas tengo tiempo para hacer volar una cometa. El viento perfecto. ¡Vamos! ¿Quieres venir conmigo?

—De acuerdo —respondió Margaret. Así el tiempo pasaría más deprisa. Se concentró, intentando recordar dónde había guardado las cometas—. ¿No estaban en el garaje?

—No —respondió Charlie—. Ya sé dónde están, ¡en el sótano! En aquellas repisas. Y la cuerda también. —Corrió hacia el interior de la casa—. Abriré el candado y bajaré a buscarlas.

—Oye, Charlie, ten cuidado —le advirtió Margaret.

Cuando Charlie desapareció por el pasillo, Margaret vacilaba entre bajar con él o no. No le gustaba que estuviera solo en la habitación con todas aquellas plantas.

—Espera —gritó—. Bajaré contigo.

Descendieron rápidamente en dirección a las luces blancas, donde la atmósfera era cálida y húmeda.

Las plantas parecían inclinarse hacia ellos, extenderse mientras pasaban a su lado. Margaret trataba de no hacerles caso. Seguía a Charlie y clavaba los ojos en las repisas de metal que se hallaban frente a ellos.

Las repisas estaban llenas de juguetes viejos y de artículos deportivos, una tienda de campaña y algunas colchonetas. Charlie llegó primero y comenzó a buscar en las repisas inferiores.

—Sé que están —dijo.

—Sí, recuerdo haberlas guardado por aquí —afirmó Margaret, recorriendo con los ojos las repisas superiores.

Charlie, de rodillas, comenzó a sacar cajas de la repisa inferior. De pronto se detuvo.

—¡Oh, Margaret!

—¿Qué sucede? —preguntó su hermana, retrocediendo un poco—. ¿Qué pasa?

—Mira esto —señaló Charlie. Sacó algo oculto detrás de las repisas y se incorporó con lo que había encontrado entre las manos.

Margaret vio que sostenía un par de zapatos negros y unos pantalones azules.

¿Los pantalones de un traje azul?

Con el rostro pálido y expresión grave, Charlie dejó caer los zapatos al suelo, desdobló los pantalones y los sostuvo delante de Margaret.

—¡Busca en el bolsillo de atrás! —sugirió Margaret.

Charlie metió la mano en el bolsillo y sacó una billetera de cuero negro.

—Es increíble —susurró Margaret.

La mano de Charlie temblaba mientras abría la billetera e indagaba en su interior. Encontró una tarjeta de crédito y leyó el nombre que aparecía en ella.

—Es del señor Martínez —logró pronunciar con dificultad—. Estas son sus cosas.

17

—¡Papá nos ha mentido! —exclamó Charlie horrorizado, mientras contemplaba la billetera que sostenía en las manos—. Es imposible que el señor Martínez también se quitara los pantalones y los zapatos.

—Pero... ¿Qué le habrá ocurrido? —preguntó Margaret medio mareada.

Charlie cerró la billetera con decisión, sacudió la cabeza con tristeza y no pudo responder.

En el centro de la habitación una de las plantas gimió y los hermanos se sobresaltaron.

—Papá nos ha mentido —repitió Charlie, al tiempo que contemplaba las prendas de vestir—. Nos ha mentido.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Margaret, con una voz llena de miedo y desesperación—. Debemos comunicar lo que está ocurriendo aquí. Pero, ¿a quién?

La planta gimió de nuevo. Las lianas se arrastraban por el suelo, como reptiles, y las hojas entrechocaban suavemente unas con otras.

A continuación oyeron los golpes en el trastero, junto a las repisas.

Margaret miró a Charlie:

—¿Qué son esos golpes?

Escucharon los insistentes golpes y un gemido lastimero procedente del trastero seguido por uno más fuerte. Parecían lamentos humanos.

—¡Creo que hay alguien allí! —exclamó Margaret.

—Quizá sea el señor Martínez —sugirió Charlie, agarrando con fuerza la billetera.

»¿Qué hacemos? ¿Abrimos el trastero? —preguntó cauteloso Charlie.

—Me parece que tenemos que hacerlo. Si el señor Martínez se encuentra ahí dentro, debemos liberarlo.

Charlie colocó la billetera sobre la repisa y se acercó con su hermana al trastero.

Delante de ellos, las plantas parecían agitarse y moverse todas en la misma dirección. Oyeron el sonido de una respiración, un gemido, frotamientos. Las hojas se sacudían en las ramas y las lianas se inclinaban.

—¡Mira! —exclamó Charlie.

—Ya lo veo —respondió Margaret. La puerta del trastero no sólo estaba cerrada con candado, sino que alguien había clavado una tabla para que aún costara más abrirla.

De nuevo resonaron unos golpes.

—Seguro, hay una persona encerrada ahí —dijo Margaret.

—Traeré el martillo. —Charlie se dirigió hacia el escritorio procurando mantenerse alejado de las plantas.

Pocos segundos después, regresaba con el martillo.

Entre ambos consiguieron desclavar la tabla, que cayó al suelo con gran estruendo.

Los golpes se hacían cada vez más fuertes e insistentes.

—Y ahora, ¿qué hacemos con el candado? Charlie se rascó la cabeza. Estaban los dos sudando a causa del calor y la humedad de la habitación.

—No sé cómo abrir este candado —respondió Charlie desolado.

—¿Y si intentamos desclavar la puerta como hicimos con la tabla? —preguntó Margaret.

Los golpes continuaban.

—Intentémoslo —dijo Charlie.

—Hundieron el martillo en la delgada ranura que estaba junto al candado, pero la puerta no se movió. Intentaron de nuevo por el lado de los goznes.

—No se mueve —observó Charlie, secándose el sudor de la

frente con el brazo.

—Continúa. ¡Yo te ayudo! —le animó Margaret.

Hundieron el martillo justo por encima del gozne inferior de la puerta y ambos empujaron con todas sus fuerzas.

—Se ha movido un poco —dijo Margaret, jadeando.

Prosiguieron con la tarea. La húmeda madera comenzó a crujir. Los dos hacían fuerza sobre el martillo, hundiendo el extremo en la ranura.

Finalmente, con un fuerte crujido la puerta se desprendió.

Charlie dejó caer el martillo, y se asomaron al interior en penumbras del trastero.

Margaret y Charlie gritaron horrorizados cuando descubrieron lo que se hallaba en su interior.

18

—¡Mira! —exclamó Margaret. Parecía como si el corazón le fuera a saltar del pecho, como si fuera a desmayarse, y se agarró a la puerta del trastero para no perder el equilibrio.

—Es increíble —dijo Charlie con un temblor en la voz.

Miraban asombrados las extrañas plantas que llenaban el trastero.

¿Eran plantas?

Bajo la tenue luz de la bombilla que colgaba del techo, se inclinaban y estremecían, gemían, respiraban y suspiraban. Las ramas se agitaban, las hojas brillaban y se movían, y las plantas más altas se inclinaban hacia delante como si quisieran alcanzar a Margaret y Charlie.

—¡Mira aquélla! —gritó Charlie retrocediendo un poco y chocando con su hermana—. ¡Tiene un brazo!

—¡Ohh! —Margaret dirigió la vista hacia donde señalaba Charlie. Estaba en lo cierto. Un alto y frondoso arbusto parecía tener un brazo humano junto al tronco.

Los ojos de Margaret recorrieron velozmente el trastero. Para su horror, advirtió que varias de las plantas parecían tener rasgos humanos: brazos verdes, una mano amarilla con tres dedos, dos piernas en lugar de tronco.

Margaret y su hermano gritaron al descubrir unas plantas con rostro. Dentro de un racimo de amplias hojas, parecía crecer un enorme tomate redondo. Pero el tomate tenía una nariz y de su boca abierta surgían los más tristes suspiros y lamentos.

Otra de las plantas, más pequeña y con grandes hojas ovaladas, tenía dos rostros verdes, casi humanos, semiocultos por las ramas, y los dos parecían lamentarse.

—¡Salgamos de aquí! —gritó Charlie, agarrando aterrorizado la mano de Margaret y conduciéndola fuera del trastero—. ¡Esto es... horrible!

Las plantas gemían y suspiraban. Las manos verdes y desprovistas de dedos parecían llamarlos. Una planta amarilla colocada cerca de la pared y con aspecto enfermizo, extendió sus delgados y temblorosos brazos.

—¡Espera! —exclamó Margaret, liberándose de la mano de Charlie. En el suelo del trastero, detrás de las gimientes plantas, había visto algo—: Charlie, ¿qué es esto?

Intentaba distinguir los contornos entre la penumbra. En el suelo, detrás de las plantas, había dos pies humanos.

Margaret se internó cautelosamente en el trastero. A los pies les seguían dos piernas.

—Margaret, ¡salgamos de aquí! —suplicó Charlie.

—No. Mira. Hay alguien allí —dijo su hermana, clavando la mirada en el fondo del trastero.

—¿Qué?

—Es una persona, no una planta —insistió Margaret. Dio un paso más y un suave brazo verde la rozó.

—Margaret, por favor, ¿qué haces? —preguntó Charlie, en un tono de voz estridente y aterrado.

—Debo saber quién es —respondió Margaret.

—Inspiró profundamente y retuvo el aire en los pulmones. Luego, haciendo caso omiso de los gemidos, de los brazos verdes que se tendían hacia ella y de los horrendos rostros que la acechaban, avanzó decidida hacia el fondo del trastero.

—¡Papá! —gritó.

El doctor Brewer yacía en el suelo, con las manos y los pies fuertemente atados con lianas y la boca amordazada por una gruesa banda de cinta elástica.

—Margaret... —Charlie estaba a su lado. Bajó la mirada al suelo y exclamó—: ¡Oh, no!

Su padre los contemplaba con ojos suplicantes.

—¡Mmmmmmmmmmm! —murmuraba a través de la mordaza.

Margaret se arrodilló de inmediato y comenzó a desatarlo.

—¡No..., no sigas! —gritó Charlie y tomó a su hermana por los hombros para impedir que prosiguiera.

—Charlie, suéltame. ¿Qué te sucede? Es papá.

—¡No puede ser papá! —respondió Charlie—. Papá está en el aeropuerto, ¿lo has olvidado?

A sus espaldas, las plantas parecían gemir al unísono, en un horripilante coro. Un alto arbusto cayó y rodó hacia la puerta abierta del trastero.

—¡Mmmmmmmmmmm! —continuaba suplicante el doctor Brewer, luchando con las lianas que lo aprisionaban.

—Tengo que desatarlo —dijo Margaret a su hermano—. ¡Suéltame!

—No —insistía Charlie—. Margaret, mira su cabeza.

Margaret volvió la vista a la cabeza de su padre. No llevaba la gorra y su cabello había sido sustituido por racimos de hojas verdes.

—Ya lo habíamos visto antes así —protestó Margaret—. Es un efecto secundario, ¿no te acuerdas? —Se inclinó para desatar las lianas.

—No, no lo hagas —repitió Charlie.

—Está bien, está bien —dijo Margaret—. Sólo le quitaré la mordaza y no lo desataré.

Se inclinó y arrancó la cinta adhesiva que cubría la boca de su padre.

—¡Hijos míos! ¡Qué feliz estoy de veros! —exclamó el doctor Brewer—. Rápido, desatadme.

—¿Por qué estás así? —preguntó Charlie parado frente a él y con los brazos en jarras y una mirada de desconfianza—. Hemos visto cómo te marchabas al aeropuerto.

—No era yo —dijo el doctor Brewer—. He estado aquí encerrado durante varios días.

—¿Cómo? —exclamó Charlie.

—Pero si te vimos —empezó a decir Margaret.

—No era yo. Es una planta —les explicó el doctor Brewer—. Es una copia mía.

—Papá —susurró Charlie.

—Por favor, no hay tiempo para explicaciones —se impacientó el doctor, y dirigió la cabeza cubierta de hojas hacia la puerta del trastero—. ¡Desatadme!

—El padre con quien he estado viviendo, ¿es una planta? —exclamó Margaret sin salir de su asombro.

—¡Sí! Por favor..., ¡desatadme!

Margaret comenzó a tirar de las lianas.

—¡No! —insistió Charlie—. ¿Cómo sabremos que dices la verdad?

—Lo explicaré todo. Lo prometo —suplicó—. Daos prisa. Nuestras vidas corren peligro. El señor Martínez también está aquí.

Perpleja, Margaret descubrió que el señor Martínez se encontraba en el suelo, atado y amordazado.

—¡Dejadme salir, por favor!

Las plantas de la habitación gemían y lloraban.

Margaret ya no podía soportar esa situación.

—Lo desato —dijo a Charlie, y se puso de rodillas para liberar a su padre de las ataduras.

El doctor Brewer suspiró agradecido.

Charlie, de mala gana, se puso a ayudar a Margaret.

Consiguieron por fin aflojar las lianas lo suficiente para que su padre pudiera desembarazarse de ellas. Se incorporó lentamente, extendió los brazos, movió las piernas, flexionó las rodillas y, sonriendo a Margaret y a Charlie, exclamó:

—¡Qué sensación tan agradable!

—Papá, ¿no deberíamos desatar al señor Martínez? —preguntó Margaret.

Pero, sin previo aviso, el doctor Brewer se precipitó hacia la puerta y salió del trastero.

—¡Papá... espera! ¿Adónde vas? —preguntó Margaret.

—¡Dijiste que lo explicarías todo! —protestó Charlie. El y su hermana corrieron a través de las gimientes plantas, detrás de su padre.

—Lo haré, lo haré.

El doctor Brewer avanzó con rapidez hacia la pila de leña que se encontraba en uno de los extremos del sótano.

Margaret y Charlie se quedaron sin respiración cuando lo vieron

coger el hacha.

El doctor Brewer los miró con la gruesa hacha entre las manos y, con un gesto de determinación, avanzó hacia ellos.

—¡Papá!, ¿qué estás haciendo? —gritó Margaret.

El doctor Brewer balanceó el hacha sobre su hombro y avanzó hacia Margaret y Charlie. Jadeaba a causa del esfuerzo y tenía el rostro enrojecido y los ojos brillantes.

—¡Papá, por favor! —gritó Margaret, asiéndose a su hermano y retrocediendo hacia la selva que se encontraba en medio de la habitación.

—¿Qué haces? —repitió.

—¡No es nuestro verdadero padre! —exclamó Charlie—. ¡Te dije que no debías desatarlo!

—¡Sí es nuestro verdadero padre! —insistió Margaret—. ¡Sé que lo es! —Y miró a su padre buscando una respuesta.

Pero el doctor Brewer los observaba con una expresión llena de confusión y sosteniendo en las manos el hacha que centelleaba bajo las brillantes luces blancas.

Antes de que el doctor Brewer pudiera responder oyeron unas fuertes pisadas por la escalera. Todos se volvieron hacia la puerta de la habitación de las plantas y vieron que el doctor Brewer entraba alarmado.

Se ajustaba la gorra en la cabeza mientras avanzaba colérico hacia los niños.

¿Qué hacéis aquí? Me prometisteis que no volveríais por aquí. Ya ha llegado vuestra madre. ¿No queréis...?

La señora Brewer apareció a su lado. Se disponía a saludar a sus hijos, cuando un extraño descubrimiento la paralizó.

—¡No! —gritó, al ver al otro doctor Brewer, con la cabeza

descubierta y sosteniendo el hacha con las dos manos—. ¡No! — Tenía el rostro desfigurado por el pánico. Se volvió hacia el doctor Brewer que acababa de recogerla en el coche.

Éste miró furioso a Margaret y Charlie.

—¿Qué habéis hecho? ¿Por qué le habéis dejado escapar?

—Es nuestro padre —replicó Margaret con un hilo de voz.

—¡Yo soy tu padre! —gritó el doctor Brewer que se encontraba en el umbral de la puerta—. ¡No él! ¡Él no es vuestro padre! ¡No es ni siquiera un ser humano! ¡Es una planta!

Margaret y Charlie retrocedieron asustados.

—¡Tú eres la planta! —respondió el otro doctor Brewer, levantando el hacha.

—¡Es peligroso! —replicó su doble—. ¿Por qué lo habéis dejado salir?

Atrapados en medio de los dos, Margaret y Charlie contemplaban sucesivamente a sus dos padres.

¿Cuál era el verdadero?

20

—¡Él no es vuestro padre! —gritó de nuevo el doctor Brewer que llevaba la gorra, entrando en la habitación—. Es una copia. Es una planta. Uno de mis experimentos fallidos. Lo encerré en el trastero porque es peligroso.

—¡Tú eres la copia! —lo acusó el otro doctor Brewer, levantando el hacha.

Margaret y Charlie permanecían inmóviles.

—Niños, ¿qué habéis hecho? —preguntó la señora Brewer, y se apretó las manos contra el pecho.

—¿Qué hemos hecho nosotros? —preguntó Margaret a su hermano en voz baja.

Charlie, que contemplaba alternativamente a ambos hombres, estaba demasiado atemorizado para responder.

—No sé —consiguió decir finalmente.

«¿Cómo nos salimos de ésta?», se preguntaba Margaret en silencio. Advirtió que todo su cuerpo temblaba.

—¡Debemos destruirlo! —gritó el doctor Brewer que sostenía el hacha, mirando a su copia que estaba al otro lado de la habitación.

Junto a él, las plantas se estremecían y se agitaban, dando fuertes suspiros. Las lianas serpenteaban por la tierra, las hojas brillaban y susurraban.

—¡Deja ya ese hacha. No estás engañando a nadie! —dijo el otro doctor Brewer.

—¡Debes ser destruido! —repitió el doctor Brewer sin gorra. Sus ojos tenían un brillo salvaje, su rostro estaba enrojecido. Se

aproximaba con el hacha en alto, resplandeciente como si se hubiera electrificado a causa de la luz blanca.

«Papá nunca actuaría de esta manera —observó Margaret—. Charlie y yo nos hemos portado como dos idiotas. Le dejamos salir del trastero y ahora quiere matar a nuestro padre, a mamá... ¡y a nosotros!

»Qué puedo hacer —se preguntaba, tratando de pensar con serenidad pese a las circunstancias—. Qué puedo hacer.»

Margaret lanzó un grito desesperado y arrebató el hacha al impostor.

Este se quedó atónito.

Sin apenas poder sostener la pesada hacha, Margaret ordenó:

—¡Regresa inmediatamente al trastero! ¡Regresa!

—¡Margaret, espera! —gritó su madre, quien se encontraba demasiado aterrorizada para apartarse de la puerta.

El doctor Brewer que había salido del trastero intentó tomar de nuevo el hacha.

—¡Devuélvemela! ¡No sabes lo que haces! —imploró, e intentó arrebatarle el arma.

Margaret retrocedió y balanceó el hacha.

—¡Quédate donde estás! ¡Que no se mueva nadie!

—¡Gracias a Dios! —exclamó el otro doctor Brewer—. Debo encerrarlo de nuevo en el trastero. Es muy peligroso. —Se aproximó a Margaret—. Dame el hacha.

Margaret vaciló.

—¡Dame el hacha a mí! —insistió.

Margaret se volvió hacia su madre:

—¿Qué hago?

La señora Brewer se encogió de hombros, sin saber qué consejo dar a su hija.

—Princesa... no lo hagas —dijo con suavidad el doctor Brewer del trastero.

«Me ha llamado Princesa», advirtió Margaret.

El otro nunca lo había hecho.

«Entonces es él mi padre.»

—¡Margaret, dame el hacha! —El de la gorra intentó arrebatarla.

Margaret retrocedió y blandió su arma.

—¡Atrás! —ordenó desesperada, tratando de decidir qué debía hacer.

¿Cuál de los dos era su verdadero padre?

Sus ojos pasaban del uno al otro. Vio que ambos tenían un vendaje en la mano derecha y esto le dio una idea.

—Charlie, hay una navaja en aquella repisa —dijo sin soltar el hacha—. ¡Tráela, rápido!

Charlie, obediente, tardó un segundo en coger la navaja y llevársela a su hermana.

Esta apoyó el hacha en el suelo y tomó la navaja.

—¡Margaret, dame el hacha! —insistía impaciente el hombre de la gorra.

—Margaret, ¿qué haces? —preguntó el hombre del trastero, consternado.

—Tengo una idea —respondió Margaret.

Tomó una gran bocanada de aire, se dirigió al hombre del trastero y le clavó la navaja en el brazo.

21

—¡Ay! —gritó cuando sintió que la navaja cortaba su piel.

Margaret retiró la navaja de inmediato y observó que de la pequeña herida manaba sangre roja.

—Este es nuestro verdadero padre —dijo a Charlie, suspirando aliviada—. ¡Toma, papá! —Y le tendió el hacha.

—¡Margaret, estás equivocada! —gritó el hombre de la gorra alarmado—. ¡Te ha engañado! ¡Te ha engañado!

El doctor Brewer de la cabeza descubierta actuó con presteza, tomó el hacha, avanzó hacia delante y la blandió con todas sus fuerzas.

El otro doctor Brewer abrió la boca y emitió un grito de pánico, que se extinguió cuando el hacha dividió con toda facilidad su cuerpo vegetal en dos.

Un líquido denso y verde salió de la herida, y Margaret pudo ver que el cuerpo de aquel ser era en realidad un tallo, sin huesos ni órganos humanos. El cuerpo cayó con un golpe seco sobre un charco de líquido verde.

—¡Princesa, estamos a salvo! —exclamó el doctor Brewer—. ¡Qué lista has sido!

—Simplemente me acordé de la sangre verde. Sabía que mi verdadero padre tendría la sangre roja.

—¡Estamos a salvo! —exclamó la señora Brewer, echándose en los brazos de su esposo—. ¡Estamos a salvo! ¡Estamos a salvo!

Los cuatro se abrazaron llenos de emoción.

—Hay otra cosa que debemos hacer —dijo el doctor Brewer a

los niños—. Tenemos que sacar al señor Martínez del trastero.

Para la hora de cenar, las cosas ya casi habían vuelto a la normalidad.

Los niños habían explicado a su madre todo lo que había ocurrido en su ausencia, el señor Martínez había sido rescatado del trastero sin mayores problemas, y él y el doctor Brewer habían conversado largo y tendido acerca de la experiencia y del trabajo del doctor Brewer.

Martínez estaba fascinado por los logros del doctor. Sabía lo suficiente para afirmar que se trataba de un descubrimiento histórico:

—Tal vez necesite el ambiente del laboratorio de la universidad. Hablaré con los miembros de la junta directiva para que forme parte de nuestro equipo otra vez.

Tras acompañar al señor Martínez, el doctor Brewer desapareció en el sótano durante cerca de una hora. Regresó agotado y con una expresión de tristeza en el rostro:

—He tenido que destruir la mayoría de las plantas —explicó mientras se dejaba caer en un sillón—. Tenía que hacerlo. Estaban sufriendo. Más tarde destruiré el resto.

—¿Todas las plantas? —preguntó la señora Brewer.

—Pues... hay algunas normales que puedo sembrar en el jardín. Pero son pocas.

Durante la cena, el doctor Brewer se armó de valor para aclarar a su esposa y sus hijos todo lo que había sucedido en el sótano.

—Estaba trabajando en una superplanta —dijo—. Intentaba fabricar una planta electrónicamente, utilizando elementos del ADN de otras. Luego, accidentalmente, me herí en la mano con una de las placas de vidrio. Sin que yo lo advirtiera, parte de mi sangre se mezcló con las moléculas del ejemplar que estaba estudiando. Cuando conecté la máquina, mis moléculas se mezclaron con las de la planta y sufrí una especie de contagio.

—¡Qué horror! —exclamó Charlie, dejando caer el tenedor lleno de puré.

—Pues bien, soy un científico —replicó el doctor Brewer—. Y por ello no pensé que eso fuera horrible. Creí que era fascinante. Es

decir, había inventado un nuevo ser.

—Aquellas plantas con rostro... —intervino Margaret.

—Sí —convino su padre—. Introduje sustancias humanas dentro de la materia vegetal y encerré a los seres resultantes en el trastero. Estaba entusiasmado. No conocía los límites de mi experimento. No sabía que las plantas pudieran llegar a ser tan humanas. Aunque mis criaturas no parecían ser felices, aunque sufrieran, yo no podía detenerme porque el experimento me entusiasmaba.

Bebió un poco de agua.

—No me contaste nada de eso —le reprochó la señora Brewer, sacudiendo la cabeza.

—No podía hacerlo —respondió su marido—. No podía decírselo a nadie. Estaba..., estaba demasiado involucrado. Luego, un día, llegué demasiado lejos. Creé una planta que era una copia exacta de mí en casi todos los aspectos. Tenía mis rasgos físicos y hablaba como yo, tenía mi cerebro, mi mente.

—Pero aún actuaba como una planta en ciertas cosas —señaló Margaret—. Comía alimento para plantas y...

—No era perfecta —dijo el doctor Brewer, inclinándose sobre la mesa del comedor. Hablaba en voz baja y con gravedad—. Tenía algunos fallos, pero era lo suficientemente fuerte e inteligente como para vencerme, encerrarme en el trastero y sustituirme... y para continuar con mis experimentos. Cuando Martínez llegó sin previo aviso, lo encerró también para mantener a salvo su secreto.

—¿Fue un error lo de las hojas en la cabeza? —preguntó Charlie.

—Sí, era una copia perfecta, casi un ser humano perfecto, pero no exactamente.

—Pero papá —dijo Margaret señalándole—, a ti te sucede lo mismo.

—Ya lo sé —contestó él, arrancándose una hoja de la cabeza—. Es espantoso, ¿verdad?

Todos estuvieron de acuerdo.

—Pues bien, cuando me corté en la mano, algunos de los elementos de las plantas se mezclaron con mi sangre —prosiguió el doctor Brewer—. La máquina generó una fuerte reacción química entre estos elementos y mi sangre y, de un día para otro, todo mi cabello desapareció y me empezaron a brotar ramas y hojas. No os

preocupéis. Ya han empezado a caer y pronto me volverá a salir el pelo.

Margaret y Charlie aplaudieron.

—Supongo que las cosas regresarán a la normalidad en esta casa —dijo la señora Brewer, dedicando una sonrisa a su esposo.

—Las cosas irán mejor. Si Martínez convence a la junta de que me ofrezcan el empleo de nuevo, vaciaré el sótano y lo convertiré en la mejor habitación donde jugar que se haya visto jamás.

Margaret y Charlie aplaudieron de nuevo.

—Todos estamos sanos y salvos —dijo el doctor Brewer abrazando a sus hijos—. Y esto gracias a vosotros.

Era la cena más feliz que Margaret podía recordar. Después de recoger la cocina, la familia salió a comer unos helados y regresó a su hogar casi a las diez de la noche.

El doctor Brewer se dirigió al sótano.

—¿Adónde vas? —le preguntó su esposa.

—Voy a destruir el resto de las plantas. Quiero cerciorarme de que todo ha terminado, de que ha concluido este horrible capítulo de nuestras vidas.

Al final de la semana, casi todas las plantas habían sido aniquiladas. Una gran pila de hojas, raíces y tallos se consumió en una hoguera que ardió durante varias horas. Algunas plantas pequeñas se habían trasplantado al jardín. El laboratorio se hallaba en la universidad, adonde habían decidido trasladarlo.

El sábado toda la familia salió a comprar una mesa de billar para el sótano.

El domingo, Margaret se encontraba en medio del jardín, contemplando las doradas colinas y pensando en lo bello que era todo y lo feliz que se sentía, cuando una vocecilla a sus pies la sobrecogió.

—¡Margaret!

Bajó la vista y vio que una pequeña flor amarilla le tocaba el tobillo.

—Margaret —susurró la flor—. ¡Ayúdame, por favor! ¡Ayúdame! ¡Soy tu padre! De verdad. ¡Soy tu auténtico padre!



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.